
MISIONES SUICIDAS AL SERVICIO DE OBJETIVOS INSURGENTES Y TERRORISTAS

LUIS DE LA CORTE IBÁÑEZ

INTRODUCCIÓN

Mayo de 2003: más de una decena de individuos hacen detonar diversas cargas explosivas, unas ocultas bajo sus vestimentas, y otras cargadas en coches bomba. Mueren junto con otras 41 personas y hieren a más de 100. Los hechos ocurren en varios puntos de Casablanca (Marruecos), uno de ellos la Casa de España; por ello, cuatro de las víctimas mortales son españolas.

Fin del verano de 2003: un individuo de origen argelino llega desde Jaén a la localidad barcelonesa de Vilanova i la Geltrú donde residirá unos meses. Allí toma contacto con una red yihadista. Ayudado por sus miembros parte en octubre hacia Bélgica, recala luego en Damasco y finalmente entra en Irak donde participa en una operación suicida con un camión cisterna cargado de explosivos que se empotra contra la base establecida por el ejército italiano en la ciudad de Nasiriya. Mueren 28 personas y se producen varias decenas de heridos.

Abril de 2004: siete de los individuos que participaron en los atentados ocurridos en Madrid el mes anterior son rodeados por la policía en un piso de Leganés. Ante la imposibilidad de escapar los terroristas hacen estallar parte del edificio suman a sus muertes la de un miembro del Cuerpo Nacional de Policía. En esos mismos días, otros dos autores del 11-M salen de Madrid hacia Barcelona donde los integrantes de otra red yihadista les facilitan la salida hacia Bélgica. Uno de ellos, Mohamed Afallah, pasa luego a Holanda, de allí a Siria y acaba presentándose como voluntario para una de las múltiples misiones suicidas realizadas en 2005 en Irak.

Noviembre de 2006: un convoy de soldados españoles realiza una labor de patrulla en los alrededores de Shindand, ciudad afgana situada a

120 kilómetros de la base establecida en Herat. A su paso el conductor de un coche activa una carga de explosivos y muere, aunque gracias a su precipitación el atentado sólo produce algunos heridos leves en el contingente español. Menos fortuna tendrán los compañeros atacados dos años después en la misma zona y en otra operación con bastantes similitudes pero con el efecto de dos soldados españoles muertos y otros cuatro heridos. El verano del año anterior (julio de 2007), en Yemen, morían igualmente un grupo de 10 turistas, 7 de ellos españoles, como consecuencia de otro ataque suicida con coche bomba.

Por misión suicida cabe entender cualquier ataque (acto violento deliberado y destinado a producir daños humanos y materiales) cuya ejecución requiera la muerte de sus propios perpetradores. Además, esa muerte ha de ser buscada y conscientemente asumida por los propios ejecutores de la misión, así como por el resto de personas que colaboran en su preparación.

Hasta iniciarse el presente siglo, las misiones suicidas constituían un hecho exótico y lejano para las opiniones públicas occidentales. Esta impresión comenzó a modularse a raíz del espectacular y dramático derribo de las Torres Gemelas provocado por la colisión de dos aviones secuestrados el 11 de septiembre de 2001. Aunque incluso después de esta colosal masacre serían muchos los ciudadanos del mundo que se resistían a creer que la violencia suicida pudiera tener algo que ver con sus propios países y que pudiera afectar a sus vidas. Hoy ya no puede decirse lo mismo. Ninguna nación puede subestimar el riesgo que entraña un terrorismo internacional que ha convertido a las misiones suicidas en una de sus principales señas de identidad.

Diversos acontecimientos como los que acabamos de ilustrar al principio demuestran que hace años que la violencia suicida dejó de ser un asunto ajeno a nuestro propio país. En un brevísimo plazo de tiempo España se ha visto afectada por la práctica globalizada de atentados suicidas en todas sus formas posibles: nuestras tropas los han sufrido en el exterior, por una vez los hemos padecido dentro de nuestras fronteras (aunque nuestras agencias de seguridad han evitado otros después del 11-M) y, por último, nuestro territorio ha funcionado al mismo tiempo como caldo de cultivo para la formación de nuevas vocaciones suicidas, zona de refugio y tránsito para futuros «mártires» dispuestos a actuar en otros países. Aunque esto no nos distingue de otras muchas naciones ubicadas dentro o fuera de Europa, entre otros motivos porque hablamos de un fenómeno en expansión. Así, desde enero de 1981 hasta junio de 2008

se ha producido un mínimo de 1.944 atentados suicidas en todo el mundo con un impacto humano de 21.167 víctimas mortales y 49.717 heridos. A su vez, el 91,5% de esos ataques (concretamente 1.779) han tenido lugar a partir del año 2000 conforme a una tendencia creciente (incremento anual de los ataques suicidas) (1).

Una vez ofrecidas estas primeras indicaciones, el presente capítulo desarrolla un análisis sobre el fenómeno de las misiones suicidas en varias aproximaciones sucesivas: un somero repaso de su evolución histórica, una exposición de sus principales características y dimensiones causales, conforme a los estudios realizados al respecto durante las últimas décadas, y un examen sobre los rasgos distintivos de la violencia suicida más reciente, promovida por la constelación de organizaciones y grupos insurgentes y terroristas que integran el llamado movimiento yihadista global. Para concluir, aportaremos una breve discusión sobre las contramedidas que cabe aplicar para prevenir la violencia suicida y sus implicaciones desde el punto de vista de las labores de inteligencia.

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LAS MISIONES SUICIDAS

Existen múltiples ejemplos históricos grupos rebeldes e insurgentes que han practicado misiones suicidas: grupos hebreos como los zelotas y los sicarios, que actuaron en la Judea del siglo I; facciones extremistas chiíes como los *Hashsha-shin* («asesinos»), que vivieron en Persia y Siria entre los siglos XI y XII; o algunas comunidades islámicas de Asia entre el siglo XVIII y principios del XX. Asaltaban por sorpresa a ocupantes extranjeros y otros enemigos políticos o religiosos con algún arma blanca que ocultaban bajo sus ropas y los asesinaban en medio del bullicio de algún centro urbano, muchas veces a pleno día, lo cual solía imposibilitarles la huida y les exponían una muerte segura (2). Por supuesto, también hay que contar con los más de tres mil pilotos que murieron durante la Segunda Guerra Mundial al estrellar deliberadamente sus aviones, planeadores y torpedos tripulados contra embarcaciones enemigas. Casi todas estas misiones fueron realizadas por los famosos kamikazes japoneses y algunas por combatientes estadounidenses, rusos y alemanes efectuaron misiones suicidas. Sin embargo, la violencia suicida contemporánea no

(1) ASSAF MOGHADAM, «*Shifting Trends in Suicide Attacks*», *Combat Terrorism Center Sentinel*, vol. 2, nº 1 (2009), pp. 11-13.

(2) DAVID RAPOPORT, «*Fear and Trembling: Terrorism in Three Religious Traditions*», *American Political Science* 78 (1984), p. 653.

hará su aparición hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, en Oriente Próximo.

Entre 1973 y 1980 se produjeron al menos 11 ataques suicidas en Israel efectuados por grupos palestinos (3). Seguidamente, en los años ochenta tendría lugar en El Líbano la primera gran campaña contemporánea de atentados suicidas, desplegada contra tropas estadounidenses, francesas e israelíes. En el caso más recordado, ocurrido en octubre de 1983, la organización extremista chií Hezbolá envió dos coches bomba a empotrarse contra acuartelamientos de las unidades militares de Estados Unidos y Francia con el resultado de 299 soldados muertos y otros 115 heridos. Al año siguiente las tropas de ambos países abandonaron el Líbano pero Hezbolá continuó promoviendo ataques suicidas contra militares israelíes y miembros del Ejército Libanés del Sur.

En 1987 el grupo separatista de Los Tigres Tamiiles de Sri Lanka inició la campaña de violencia suicida más devastadora del siglo XX. Las Panteras Negras, unidad especialmente creada con ese propósito, llevaron a cabo 168 atentados suicidas entre Julio 1987 y febrero del 2000 en diferentes localidades de Sri Lanka y la India. Dos de esos ataques acabaron con la vida de una primera ministra india y un presidente de Sri Lanka. Pocos después, en 1993 Hamás y Yihad Islámica iniciarían una serie de atentados suicidas contra objetivos israelíes que producirá numerosos muertos y cientos de heridos. En 1995 dos grupos yihadistas radicados en Egipto realizar varios atentados suicidas contra las embajadas egipcias en Croacia y Pakistán. Y al año siguiente, el PKK (Partido de los Trabajadores del Kurdistán), un grupo terrorista independentista y de extrema izquierda, dará inicio a otra campaña suicida en Turquía.

La lista de actores violentos que llevarán a cabo misiones suicidas se ampliará a un ritmo creciente a medida que se aproximara el cambio de siglo. A raíz de la Segunda Intifada palestina, iniciada en septiembre de 2000, los grupos palestinos con la incorporación de las Brigadas de Los Mártires de Al Aqsa. Asimismo, la violencia suicida hará acto de presencia en otros conflictos regionales como los Cachemira, a partir de 1999, y Chechenia, desde el año 2000. Pero antes, en agosto de 1998, Al Qaida, la multinacional yihadista fundada por Osama Bin Laden, promovería sus dos primeras misiones suicidas con coche bomba dirigidas contra las

(3) LUCA RICOLFI, «*Palestinians, 1981-2003*», en Diego Gambetta (ed.), *Making Sense of Suicide Missions*, Oxford, Oxford University Press (2006), pp. 80-81.

embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania (234 muertos y más de 400 heridos) y tres años después, en septiembre de 2001, culminaba la operación suicida más sofisticada y mortífera con varios aviones secuestrados cuyos choques arrojarían el terrible saldo de 2.770 muertos en Nueva York, 125 en Washington y 43 en Pensilvania.

Desde finales de 2001 hasta la fecha actual una variedad de grupos y células de inspiración yihadista han consumado atentados suicidas en el marco de nuevos conflictos armados y guerras de insurgencia como las libradas en Irak y Afganistán, y en un amplio conjunto de países mayoritariamente musulmanes, junto con dos ataques suicidas culminados en Europa. Además, las agencias de seguridad europeas han logrado abortar varios proyectos terroristas suicidas. Por otro lado, desde 2003 las cifras de atentados suicidas se dispararán. Sólo entre enero de 2004 y diciembre de 2005 se consumaron un mínimo de 555, gran parte de ellos en Irak (4) (5). Finalmente, cuando la insurgencia iraquí comience a debilitarse se irá comprobando un incremento de los ataques suicidas perpetrados en Afganistán y Pakistán.

ALGUNAS ENSEÑANZAS DERIVADAS DE LAS CAMPAÑAS SUICIDAS DESPLEGADAS HASTA FINALES DEL SIGLO XX

La mayoría de las misiones suicidas ocurridas desde 1980 han sido perpetradas con cinturones o chalecos explosivos que se detonarán manualmente o mediante el choque de algún vehículo (frecuentemente cargado con explosivos). Muchos de esos ataques formarán parte de una serie de atentados similares promovidos por una misma facción organizada con arreglo a ciertos fines socio-políticos y en combinación con otros métodos violentos. Los blancos elegidos han sido variados (población civil, autoridades políticas, combatientes), al igual que sus escenarios (tanto conflictos armados de cierta intensidad como contextos no militarizados). Por último, y aunque no pueda negarse la habitual concurrencia de ciertas presiones sociales, es importante destacar que los atacantes suicidas han acometido sus misiones de forma voluntaria, ya que la ausencia de consentimiento comprometería seriamente la viabilidad de esas operaciones.

(4) Diego Gambetta, «Can We Make Sense of Suicide Missions», en Diego Gambetta (ed.), *Making Sense of Suicide Missions*, Oxford, Oxford University Press, pp. 259-334.

(5) Brookings Institution Iraq Index. Disponible en: <http://www.brookings.edu/saban/iraq-index.aspx>.

Ideología, objetivos políticos y estrategias de los grupos suicidas

Las ideas más relacionadas con la violencia suicida han sido religiosas y nacionalistas. Todos los atentados suicidas sucedidos en el mundo entre 1980 y 2003 fueron obra de actores no estatales que pretendían alterar, desestabilizar o subvertir algún régimen político que les resultaba adverso. La mitad de las organizaciones implicadas eran nacionalistas y laicas, y la otra parte profesaban alguna ideología religiosa extremista, aunque frecuentemente combinada con ideas nacionalistas (6). Por eso, sus objetivos políticos más habituales serían la expulsión de tropas extranjeras ocupantes y la independencia nacional. A su vez, las misiones suicidas que llevarán a cabo servirán de apoyo tanto a estrategias de guerrilla como terroristas.

Cuando se incluyen en una estrategia guerrillera los atentados suicidas son dirigidos contra personal combatiente y tienen lugar en escenarios bélicos (rurales y también urbanos). Suelen aplicarse buscando el mayor número de bajas posibles y para limitar al máximo la capacidad operativa de las tropas atacadas (como pretendían los kamikazes japoneses, Hizbollah y numerosos atentados suicidas perpetrados en Irak y Afganistán). Pero esta clase de operaciones representan una proporción inferior dentro del conjunto de atentados suicidas producidos desde la década de 1980 (7).

Los atentados suicidas adoptan una orientación terrorista al ser dirigidos contra personal no combatiente y buscar un impacto psicológico intenso y desproporcionado respecto a la magnitud de los daños humanos y materiales causados (8). Su objetivo es coaccionar al oponente y alterar su conducta por medios que pudiéramos llamar indirectos; básicamente, amedrentando a su población de referencia y modificando las actitudes e interpretaciones sostenidas por el oponente sobre los costes del conflicto en el que se inscriben los ataques y sobre la capacidad destructiva y la determinación de los propios atacantes. Para producir tales efectos los ataques suicidas, como cualquier otro tipo de atentado terrorista, requieren altas dosis de publicidad. Variando los blancos, escenarios y tiempos elegidos, el terrorismo suicida puede orientarse a realizar los siguientes objetivos estratégicos:

(6) ROBERT PAPE, *Morir para ganar. Las estrategias del terrorismo suicida*, Barcelona, Paidós, 2006.

(7) JOSÉ LUIS CALVO, «*El efecto de los atentados suicidas sobre unidades militares*» *Athena Intelligence Journal* vol. 3, 1 (2008).

(8) Para más detalles véase Luis de la Corte, *La lógica del terrorismo*, Madrid, Alianza, 2006.

1. Promover la salida de tropas extranjeras emplazadas en un país o región mediante el asesinato y la intimidación de turistas y personal civil perteneciente al país «ocupante.»
2. Intimidar a los dirigentes de un país mediante el asesinato de líderes y autoridades.
3. Desgastar a uno o varios Estados mediante una serie prolongada de ataques a su población.
4. Desestabilizar una ciudad, país o región a través de ataques de máximo impacto u otros que puedan generar enfrentamientos civiles entre diversos sectores de la población.
5. Provocar a un adversario estatal para que responda a los atentados con máxima contundencia o indiscriminadamente que puedan aumentar los apoyos recibidos por los terroristas.
6. Sabotear tentativas de gestión pacífica de un conflicto.

Ventajas tácticas, operativas y de otra índole

Los atentados suicidas presentan el gran inconveniente de impedir emplear a los mismos militantes para realizar más de una operación. Sin embargo, esa cuestión puede volverse poco relevante para una organización insurgente o terrorista que opera en escenarios donde la captura o incluso la muerte de sus militantes resulte altamente probable. Bajo tales circunstancias los atentados suicidas se vuelven una opción muy conveniente pues evitan que sus autores sean interrogados y proporcionen información potencialmente peligrosa para su organización. Por otro lado, los costes inherentes a la muerte de los suicidas pueden reducirse cuando sus promotores dispongan de una militancia extensa y una red profusa de simpatizantes deseosos de unirse a la causa para convertirse en «mártires». Además, las llamadas «operaciones de martirio» ofrecen una variedad de ventajas tácticas y operativas.

Los atentados suicidas incrementan drásticamente el número de bajas y los efectos destructivos provocados (sobre todo cuando se dirigen contra objetivos civiles) (9). También facilitan el alcance de blancos y escenarios de difícil acceso con otros procedimientos, reducen el riesgo de errores o imprecisiones derivados del mal funcionamiento de los explosivos o los sistemas de control remoto y permiten efectuar rectificaciones de último momento sobre dónde y cuándo culminar la misión y simplifican

(9) IVAN STRENSKI, «*Sacrifice, gift and the social logic of muslim human bombers*», *Terrorism and Political Violence* vol. 15, 3, (2007) 1-34.

la planificación de los atentados, pues anulan la necesidad de elaborar un plan de escape.

Otras ventajas son de índole psicológica. Así, los atentados suicidas intensifican la sensación de vulnerabilidad ante futuros atentados y reducen las expectativas de poder persuadir a sus promotores para que abandonen la violencia (10). Además, reciben más cobertura mediática y captan más fácilmente la atención internacional que cualquier otra clase de atentados. Dicha difusión permite una cierta comunicación con distintas audiencias. El mensaje que se pretende trasladar a los gobiernos y colectivos amenazados y a cualquier otra institución o grupo oponente se deriva de la imagen de determinación asesina y fanática y de la ausencia de restricciones morales que lógicamente suele atribuirse a los perpetradores y promotores de los ataques. Aunque pueda parecer paradójico, al mismo tiempo los atentados suicidas y los discursos que los reivindican procuran presentar a sus autores como víctimas del conflicto en el que se enmarcan, lo que en última instancia constituye una forma de transferir la responsabilidad por los daños causados a los auténticos damnificados. Las audiencias más susceptibles a esta lectura son dos: de una parte, ciertos sectores de la opinión pública internacional y, de otra, aquellos colectivos que comparten intereses y señas de identidad con las organizaciones «suicidas», incluyendo aquí a sus propios simpatizantes. Además, esta última audiencia puede interpretar los atentados suicidas como un reclamo dirigido a sus miembros para que se sumen a la lucha, incluso uniéndose a las filas de voluntarios para el «martirio».

De acuerdo con diversos criterios, el empleo de atentados suicidas son menos costosos que otras modalidades operativas. Generalmente el precio de los materiales empleados no es muy elevado. La preparación y el cobijo que debe prestarse a las «bombas humanas» también suele ser inferior que el que demandan los atacantes no suicidas, quienes han de recibir un entrenamiento mucho más largo y costoso y deben ser escondidos, alimentados y mantenidos tras cada operación.

Algunos factores coyunturales asociados

Los conflictos más susceptibles de desencadenar atentados suicidas son conflictos asimétricos con amplias diferencias en la capacidad des-

(10) MOHAMMED M. HAFEZ, *Suicide Bombers in Iraq. The Strategy and Ideology of Martyrdom*, Washington D.C. Unites States of Peace Press, 2007, p. 13.

tructiva de los grupos enfrentados. Entre esos grupos los más proclives a realizar misiones suicidas son actores no estatales que ocupan una posición de desventaja (de ahí, la normal orientación insurgente de las misiones suicidas). También es importante advertir que no es frecuente que la opción suicida resulte elegida en primer lugar. Antes bien los ataques suicidas suelen dar continuidad a otras modalidades de actividad insurgente y suelen suponer un salto cualitativo en los niveles de violencia previos (11).

Probablemente, las circunstancias que más favorecen el inicio de ataques suicidas sean dos: el escalamiento del conflicto hacia un punto de máxima radicalización y violencia; y el inicio de una crisis sobrevinida en el seno de una organización insurgente como consecuencia de la ineficacia real o percibida de sus actividades. La escalada de los conflictos y de los costos derivados de la lucha puede ayudar a mitigar o eliminar las restricciones morales que normalmente limitan los niveles de violencia previamente aplicados. Por su parte, la crisis de la actividad insurgente puede ayudar a interpretar la violencia suicidas como el «único» o «último» recurso disponible para enfrentarse o batir a un enemigo militarmente muy superior.

Una idea bastante extendida señala que las misiones suicidas son una respuesta a campañas contrainsurgentes intensas o desproporcionadas. Pero esta afirmación está lejos de indicar una pauta universal. Numerosas experiencias de represión extremas constatadas no han desembocado en violencia suicida y muchos atentados suicidas han sido dirigidos contra países cuyas respuestas a la actividad insurgente fueron poco cruentas (12).

Un factor coyuntural cuya influencia parece más contrastada es la fragmentación de un bando insurgente en diversas facciones armadas. Los atentados suicidas sugieren la idea de que sus perpetradores y promotores defienden los intereses de su propia comunidad de referencia con mayor entrega y efectividad que cualquier otro grupo armado no suicida (13). De este modo, la violencia suicida es una herramienta útil para robar apoyos a grupos insurgentes rivales. La demostración más clara a este respecto se encuentra en el creciente respaldo popular que los terroristas islamistas palestinos sustrajeron a sus competidores laicos al poco tiempo de recurrir por primera vez al empleo de atentados suicidas.

(11) MIA BLOOM, *Dying to kill. The allure of suicide terror*, Nueva York, Columbia University Press, 2005.

(12) Rober A. Pape, *op. cit.* p. 223.

(13) Mia Bloom, *op. cit.*

La producción reciente de misiones suicidas por uno o varios grupos también puede actuar como factor precipitante de nuevas campañas suicidas. Así, al hilo de la Segunda Intifada el Frente Popular para la Liberación de Palestina y las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa acabarían siguiendo el ejemplo de las misiones suicidas previamente popularizadas por Hamás y Yihad islámica. Pero este efecto de contagio no sólo afecta a grupos que operan en un mismo escenario compartiendo objetivos y enemigos sino que también alcanza a formaciones insurgentes de distinta ideología y propósitos que actuaban en otros países o continentes. Durante las últimas décadas, la violencia suicida tiende a extenderse a través de diversos entornos geográficos y lo ha hecho gracias a dos mecanismos complementarios: la aportación de un modelo a imitar y la ayuda y el adiestramiento ofrecidos por grupos que ya han contado con experiencia en campañas suicidas. Así, en una o ambas formas, la experiencia de diversas misiones suicidas ocurridas en el marco de la guerra entre Irán e Irak favoreció la violencia suicida desatada en el Líbano y ésta influyó en los suicidas tamiles, palestinos, pakistaníes, chechenos y en los yihadistas de Al Qaida y otros grupos afines, mientras los Tigres Tamiles inspiraron a los suicidas kurdos (14).

Principales procesos organizativos vinculados al desarrollo de misiones suicidas

La decisión organizativa de promover atentados suicidas no asegura el traslado inmediato de esas decisiones y deseos al plano de la acción. De entrada, las organizaciones o grupos interesados en promover atentados suicidas deben abastecerse de voluntarios suicidas. Para ello, y como cualquier otra entidad terrorista o insurgente, deberán difundir su proyecto ideológico por diversas vías hasta lograr generar una base de simpatizantes radicalizados que se sientan inclinados a comprometerse con la defensa activa de tales principios ideológicos. Será igualmente necesario la formación de una o varias redes sociales que permitan poner en contacto a la organización con los nuevos voluntarios potenciales con vista a su captación e integración.

El capítulo de Alonso ofrece abundante información sobre los procesos de radicalización y reclutamiento a los que acabamos de hacer alusión. El único matiz que conviene agregar es que si la difusión de una sub-

(14) CHRISTOPH REUTER, *My Life as a Weapon: A Modern History of Suicide Bombing*, Princeton, Princeton University Press, 2004.

cultura de la violencia es indispensable para activar toda experiencia de radicalización previa a cualquier violencia insurgente, la promoción de misiones suicidas requiere de la formación y difusión de un marco interpretativo que redefine esas misiones como actos de «martirio». Hablamos, por tanto, de la evolución de una mera subcultura de la violencia hacia una auténtica *subcultura del martirio*.

La noción de «subcultura del martirio» se emplea para designar una red de creencias, imágenes, símbolos y actos rituales que permiten interpretar los ataques suicidas como sacrificios ejemplarizantes realizados en beneficio de un bien o interés colectivo (15). La consideración del suicida religioso como mártir (que cumple con la obligación sagrada de testimoniar su fe, aun cuando ello conlleve su muerte a manos de otros) es hasta cierto punto equivalente a la descripción del suicida laico como héroe digno de respeto y emulación. Los medios aplicados para difundir las subculturas del martirio incluyen muchos de los recursos normalmente empleados para alimentar la radicalización a favor de causas y grupos insurgentes: comunicados reivindicativos de los atentados suicidas transmitidos en distintos soportes escritos y audiovisuales, páginas web; elaboración y diseminación de diversos materiales prapagandísticos (posters, canciones, relatos); escenificación pública de rituales preparados para conmemorar y homenajear a los mártires (16); proselitismo activo a través del contacto personal, la predicación, etc.(17).

Tras avanzar en su radicalización y una vez se integre en una organización o grupo, cualquier nuevo militante destinado a desempeñar labores operativas suele someterse a un proceso de adiestramiento. Cuando ese proceso está orientado a formar futuros suicidas la formación técnica puede ser menos intensiva que su preparación doctrinal y psicológica, puesto que el gran reto técnico que plantear los atentados suicidas normalmente recae sobre expertos que preparan los artefactos explosivos

(15) ITAMAR EICHNER, «*Terror Tournament*» Yediot Ahronot (enero 2003), p. 22; Christoph Reuter, op. cit.

(16) PETER SCHALK, «*Resistance and Martyrdom in the Process of State Formation in Tamilian*», En Joyce Petigrew (ed.) *Martyrdom and Political Resistance. Essays from Asia and Europe*, Amsterdam; VU University Press, 1997, pp. 61-82.

(17) PAUL GILL, «*A multidimensional approach to suicide bombing*», *International Journal of Conflict and Violence* 1, 2, (2007) 142-159. Resulta de especial interés algunas investigaciones que han permitido comprobar la instrumentalización de escuelas elementales y libros de texto para difundir una subcultura del martirio en Líbano, Palestina, Afganistán y Pakistán. A modo de ejemplo recomendamos el trabajo de Daphne Burdman, «*Education, Indoctrination, and Incitement: Palestinian Children on their Way to Martyrdom*,» *Terrorism and Political Violence*, vol. 15, 1 (2003), pp. 96-123.

(chaleco o vehículo bomba). Esto libera al resto de los participantes de la necesidad de recibir un adiestramiento prolongado y complejo (exceptuando, claro está, aquellas operaciones particularmente innovadoras y complicadas que requieren de alguna habilidad excepcional, como la capacidad para pilotar aviones que tuvieron que adquirir los autores del 11-S). En no pocos casos, esa fase de adiestramiento puede durar unas pocas semanas (en algún campo de entrenamiento improvisado e itinerante). Otras veces, llegará a solaparse con la preparación de misiones concretas, limitándose a algunos ejercicios destinados a comprender y memorizar sus aspectos operativos y viniendo a durar sólo unos pocos días, como ha sido común en algunas organizaciones yihadistas. No obstante, tampoco escasean los atentados suicidas perpetrados por individuos altamente adiestrados, bien por costumbre de la organización que les ampare (muchos militantes suicidas de los Tigres Tamiles eran sometidos a programas de hasta seis meses de duración), bien porque el compromiso suicida sea adoptado al final de un programa de entrenamiento no exclusivamente destinado a formar «bombas humanas».

Con posterioridad al adiestramiento de los futuros suicidas, y como es lógico, cada atentado se ve precedido por sendas fases de planificación y preparación. La preparación mental a la que frecuentemente se ven sometidos los perpetradores suicidas merece un comentario aparte. Dada la intensa emocionalidad que suele acompañar al instante en que se adopta el compromiso del suicidio y a los instantes previos a su ejecución, las misiones suicidas requieren un dominio afectivo muy superior al demandado en cualquier otro tipo de operación donde la muerte de sus perpetradores no esté garantizada ni tampoco venga determinada por una decisión propia (18). Por esa razón, los líderes operativos y los preparadores de los suicidas suelen desarrollar ciertas prácticas destinadas a evitar la posibilidad del arrepentimiento y a mantener o incrementar el compromiso de los voluntarios (19). Una de las prácticas más relevantes en ese sentido son las escenificaciones públicas de aquel compromiso. Sobre todo en las organizaciones y grupos yihadistas, los voluntarios suele ser conminados a dejar un testimonio filmado a modo de despedida que dirigen a sus familiares y a su comunidad de referencia. En ese documento

(18) JON ELSTER, «*Motivations and Beliefs in Suicide Missions*», en Diego Gambetta (ed.), *Making Sense of Suicide Missions*, Oxford, Oxford University Press (2006), pp. 233-258.

(19) ARIEL MERARI, «*Social Organizational and Psychological Factors in Suicide Terrorism*», en Tore Bjorgo (ed.) *Root Causes of Terrorism: Myths, Reality and Ways Forward*, Londres, Routledge, 2005, pp. 70-86.

explican su decisión apelando a diversos motivos (venganza, odio, deseo de justicia, de victoria sobre un enemigo atroz, de redención y purificación religiosa) y recurriendo a un lenguaje cargado de simbolismo y de eufemismos que esconden la crudeza del acto suicida. A los futuros suicidas se les puede exigir incluso que cumplimenten algún documento acreditativo. Por ejemplo, en una operación desarrollada en Irak en septiembre de 2007 un grupo de soldados estadounidenses hallaron una serie de formularios que parecen haber sido empleados por Al Qaida para infiltrar en Irak a voluntarios-suicidas procedentes de Europa, el Magreb y Oriente Próximo. Además de introducir sus datos identificativos, los firmantes debían declarar que habían entrado en Irak por libre decisión, que se comprometían a cumplir las ordenes de sus emires (jefes) y a realizar una «operación de martirio» (20). Por otro lado, a menudo se introduce a los voluntarios ya comprometidos en pequeñas unidades exclusivamente integradas por futuros «mártires», lo cual ayuda a aislarlos de influencias externas, refuerza su autoimagen (al hacérseles sentir miembros de una comunidad de elegidos entre los que se incluyen a los ya inmolados) y permite desencadenar dinámicas de interacción en las que los integrantes del grupo intensifiquen mutuamente su disposición al sacrificio para el que están siendo preparados.

Cada una de las anteriores prácticas acercan a los voluntarios en una situación donde una eventual retractación les supondría perder el respeto de sus compañeros, superiores e incluso de los familiares que pudieran haber apoyado su decisión de convertirse en mártires (21). Otras prácticas les ayudaran a superar el miedo a morir al tiempo que permitirán controlar sus pensamientos. Por ejemplo, mediante la exposición reiterada a los testamentos filmados por otros suicidas, entreverada de evocaciones e imágenes de asesinatos y matanzas perpetradas por el enemigo, y combinados con prolongadas discusiones doctrinales con el líder del grupo o con algún instructor veterano. Y cuando ello sea congruente con la orientación ideológica compartida, los ejercicios más importantes tendrán un carácter espiritual. Así la ejercitación de plegarias, lecturas de textos sagrados y ensoñaciones del paraíso y de las recompensas ultraterrenas prometidas pueden sumir a los futuros suicidas en un cierto estado de trance capaz de impedir cualquier pensamiento ajeno a la misión que les aguarda.

(20) ANTONIO BAQUERO, «El contrato de Al Qaida», El Periódico de Cataluña, (14 octubre 2007), p. 14.

(21) ARIEL MERARI, op. cit. Jon Elster, op. cit.

En la mayoría de las organizaciones que han promovido misiones suicidas hasta el cambio de siglo la planificación y selección de blancos ha corrido a cargo de sus líderes y estrategas. En la fase de preparación lo habitual es que los suicidas se vieran asistidos por un líder operativo (elegido por razón de su superior estatus y/o veteranía) y un equipo de apoyo. Los miembros de dicho equipo se ocuparían de dos labores imprescindibles: elaboración de inteligencia y soporte logístico. La primera de esas actividades implica recolectar información sobre el blanco, lo cual puede llevar días, meses o incluso años, dependiendo de la complejidad del plan que se pretenda realizar (véase el estudio de Navarro). Por su parte, el apoyo logístico a los suicidas implica, entre otras funciones, proporcionarles un alojamiento seguro en los días que anteceden al atentado, así como suministrarles los fondos y materiales necesarios para realizar la operación. Frecuentemente, minutos u horas antes de producirse el atentado alguno de los integrantes de la célula de apoyo procederá a realizar un último reconocimiento del escenario operativo antes de que el suicida (o suicidas) sea trasladado allí y consume la misión.

Sobre los suicidas

Los líderes e ideólogos que exhortan a la práctica de misiones suicidas rara vez asumen el papel de «bombas humanas». Asimismo, las razones estratégicas y tácticas que motivan la actitud de aquellos líderes e ideólogos no siempre son igual de evidentes para los perpetradores de las misiones suicidas directas. Por todo ello es necesario profundizar en los motivos individuales que impulsan a los propios suicidas. Dichas motivaciones han tratado de inferirse a partir del perfil demográfico de los suicidas, sus rasgos psicológicos, sus biografías y circunstancias vitales y sus propias declaraciones.

La combinación entre precariedad económica, déficit educativo y ausencia de oportunidades laborales constituyó un perfil típico respecto a las primeras oleadas de suicidas palestinos pero con el paso de los años ese perfil se irá diversificando tanto dentro como fuera de Palestina. La mayoría de los países donde se han producido atentados suicidas son de renta media, algunos pobres y otros ricos y prósperos. En total, son menos los suicidas que han vivido rodeados de privaciones que los que pertenecientes a la clase media empleada, y más los que cursaron estudios secundarios (incluyendo a no pocos universitarios) que los no lo hicieron. Por otra parte, no todos los suicidas han sido educados como fanáticos desde edades tempranas. Esta circunstancia sólo ha sido relati-

vamente frecuente entre los suicidas y otros terroristas yihadistas originarios de Pakistán, Afganistán y el sudeste asiático, donde abundan las escuelas coránicas de inspiración radical (22). Pero la mayor parte de los suicidas yihadistas no recibieron una educación estrictamente religiosa. Para concluir, las únicas generalizaciones demográficas fiables convalidadas corresponden a la edad y sexo de los suicidas. La mayoría han sido varones (luego hablaremos de las mujeres suicidas) y sus edades han variado desde la adolescencia hasta la cincuentena, aunque con predominio de individuos inmolados entre los veinte y los treinta años.

Distintos estudios han buscado evidencias sobre desordenes psicológicos en los autores de atentados suicidas, aunque el empeño ha sido baldío. Las evidencias sobre psicopatías u otras causas de predisposición innata hacia la violencia extrema brillan por su ausencia. Asimismo, las afectaciones psicológicas y de comportamiento que suelen caracterizar a los suicidas comunes (desapego social, depresión, enfermedades físicas incurables o incapacitantes, alcoholismo) han tenido una incidencia escasa en la vida de atacantes suicidas (23). No obstante, sus biografías han ayudado a especificar algunas vivencias probablemente determinantes en la conformación de sus intenciones autodestructivas.

Algunas vivencias relevantes corresponden a problemas personales pero de ocurrencia frecuente bajo ciertas circunstancias sociales. Por ejemplo, la pérdida de familiares u otros seres queridos por actos violentos, experiencia traumática relativamente corriente cuando se ha crecido o se vive en países afectados por algún conflicto armado. Parece claro que el deseo de venganza y los sentimientos de odio alimentados por esas pérdidas personales han constituido motivaciones decisivas para no pocos atacantes suicidas, sobre todo en Palestina, Sri Lanka o Chechenia. Pero lo cierto es que muchos de los atacantes suicidas que han vivido en zonas de conflicto no han sufrido trauma ni pérdida personal. Por supuesto, la mera exposición a daños, agravios y humillaciones padecidos por otras personas con las que no se mantiene ninguna relación íntima pero que forman parte de la propia comunidad de referencia también han podido actuar como instigador de numerosas vocaciones suici-

(22) MARC SAGEMAN, *Leaderless Jihad. Terror Networks in the Twenty-First Century*, Philadelphia, University of Pensilvania Press, 2008.

(23) ROBERT A. PAPE, op. cit; ARIE KRUGLANSKI, MARK DECHESNE, SHIRA FISHMAN Y EDWARD OREHEK, «*Fully Committed: Suicide Bomber's Motivation and the Quest for Personal Significance*» *Political Psychology* (en prensa). Disponible en: <http://terpconnect.umd.edu/~hannahk/terror.html>.

das. Pero para evaluar en su justa medida la influencia que ese tipo de circunstancias en la producción de violencia suicida hay que añadir dos consideraciones. Primera, que dicha violencia no ha estado presente en la mayoría de los conflictos nacionalistas, étnicos o religiosos ocurridos en el siglo XX. Y segunda, que muchos atacantes suicidas no han vivido en países o regiones castigadas por conflictos armados (no al menos hasta el momento de decidir su vocación suicida).

Recientemente se ha puesto de moda apuntar a las vivencias de desarraigo, alienación y discriminación asociadas a la vida de los inmigrantes (musulmanes) de primera y segunda generación como motivos relacionados con la violencia suicida (24). Y, en efecto, el resentimiento del inmigrante que se percibe rechazado y sus consiguientes deseos de obtener un apoyo social y emocional que podría encontrar en entornos radicales han influido considerablemente en los complotos yihadistas suicidas perpetrados y desactivados durante los últimos años en diversos países occidentales. Sin embargo, buena parte de los individuos implicados en aquellas conspiraciones habían logrado adaptarse plenamente a la vida en Occidente y gozaban de una posición social no marginal cuando adoptaron el compromiso de convertirse en suicidas.

En términos más generales, los motivos atribuidos a los atacantes suicidas, y de los que se han encontrado múltiples indicios en las biografías de los atacantes suicidas, pueden ordenarse como sigue (25):

– *Por su vinculación con experiencias personales o a motivos de tipo ideológico.* Los segundos pueden tener su origen en ideas y creencias políticas, religiosas y/o culturales), mientras que los aspectos personales incluyen los elementos ya señalados (traumas y pérdidas de seres queridos, experiencias de humillación, resentimiento, alienación) junto a otras vivencias relacionadas con desengaños, frustraciones o alguna crisis de identidad.

– *Por su referencia a intereses y recompensas individuales o beneficios colectivos o públicos.* Entre los primeros estarían la búsqueda de prestigio y reconocimiento social, deseos de redención y salvación religiosa, recompensas de una vida en el paraíso o apoyos económicos como los

(24) FARAD JOSROJAVAR, Los nuevos mártires de Alá. La realidad que esconden los atentados suicidas, Madrid, Martínez Roca, 2003. Hemos discutido el peso del factor de alienación del inmigrante en Luis de la Corte y Andrea Giménez-Salinas, «Yihadismo en la Europa comunitaria: evolución y perspectivas de futuro, Athena Assesment 4 (junio de 2008). Disponible en: http://athenaintelligence.org/assessment_4_2008.pdf.

(25) LUIS DE LA CORTE, «Operaciones suicidas en el contexto de campañas terroristas e insurgentes», en José Julio Fernández, Javier Jordán y Daniel Sansó-Rubert (eds.) Seguridad y defensa hoy. Construyendo el futuro, Madrid, Plaza y Valdés, pp. 53-70.

que algunos Estados y organizaciones insurgentes han prometido y aportado a la familia de los suicidas. Por su parte, las motivaciones que apuntan a algún beneficio colectivo o público están a su vez claramente relacionadas con los factores ideológicos y con objetivos políticos antes mencionados (expulsión de ocupantes extranjeros, cambio de régimen político, etc.)

– *Por su orientación consecuencialista o normativa.* La mayoría de los motivos apuntados remiten a consecuencias presuntamente derivadas de la comisión de atentados suicidas. No obstante, otras motivaciones vinculadas a las vocaciones suicidas tienen más que ver con obligaciones morales, como la reparación del honor mancillado por los daños y agravios infligidos a la propia comunidad de referencia, o con el cumplimiento de un deber o mandato religioso.

El estudio de los testamentos y otra serie de declaraciones personales de los atacantes suicidas demuestra que su voluntad de morir matando surge y se desarrolla gracias a la confluencia de una amalgama de motivos como los que se acaban de exponer. En segundo lugar, también indican que el peso de cada uno de esos motivos varía de caso a caso, en tanto que otros son omnipresentes. De hecho, los motivos ideológicos y colectivistas tienden a prevalecer sobre los personales e individualistas. En tercer lugar, las confesiones de los suicidas siempre incluyen una combinación de argumentos consecuencialistas y normativos, si bien estos últimos parecen tener un ascendiente superior en un gran número de ocasiones (26). En definitiva, los atacantes suicidas tienden a interpretar su muerte como un acto de extremo sacrificio realizado en favor de un proyecto ideológico, en beneficio de algún colectivo y para dar cumplimiento a alguna obligación moral o religiosa. Pero esta confirmación no resuelve todas las incógnitas pues los anteriores motivos ideológicos, colectivos y morales o religiosos que impulsan a los suicidas son compartidos por aquellos compañeros de militancia que jamás llegarán a inmolarsse, e incluso por las personas que simplemente simpatizan con su causa y respaldan sus ataques.

¿Por qué los mismos motivos colectivos e ideológicos incitan a la violencia suicida a unos grupos e individuos y no a otros? Una de las respuestas posibles nos remite a las recompensas de una vida ultraterrena inculcadas a los terroristas yihadistas. Se trata de una motivación digna de consideración pero seguramente insuficiente. De entrada, sólo podría

(26) Scott Atran, op. cit.

aplicarse a los voluntarios suicidas animados por motivos religiosos. Por otro lado, algunos investigadores opinan que aquellas expectativas de recompensa suelen funcionar a modo de consuelo o como incentivos selectivos que reducen el costo atribuido a la propia muerte y que rara vez actuarán como una motivación capaz de consolidar por sí misma un compromiso suicida (27).

Como mínimo, el tránsito de la militancia extremista y violenta a la implicación en una misión suicida parece requerir la intervención agregada de dos ingredientes indispensables: la internalización de una definición heroica y enaltecedora de los ataques suicidas y una intensa necesidad personal de estima o trascendencia social (28). El primero de esos factores guarda relación directa con las llamadas subculturas del martirio, de las que volveremos a hablar en posteriores epígrafes. El segundo elemento se corresponde con una motivación básica y compartida por todos los seres humanos como es la necesidad de lograr reconocimiento, estima y respeto por parte de otros congéneres. Una necesidad que, en coherencia con el sentido heroico o incluso sagrado que los atacantes suicidas atribuyen a su misiones, se vivencia como un intenso deseo de ganar la admiración de familiares, amigos, compatriotas o hermanos de fe y de servir como ejemplo para futuros compañeros y simpatizantes. Bajo esta perspectiva la misión suicida pasa a ser interpretada como el salto que permitirá dejar atrás una vida de insignificancia a cambio de pervivir con fama o gloria en la memoria de los vivos. A juzgar por la información extraída de las biografías y confesiones de los atacantes suicidas, ese deseo constituye una motivación transversal a todos ellos. Ese deseo suele ser alimentado y agudizado por medio de la propagada y el adoctrinamiento a los que se ven expuestos los suicidas. Aunque, por otro lado, tan intensa necesidad de aprobación social y trascendencia también puede tener su origen en momentos previos a la etapa de radicalización y a consecuencia de alguna vivencia frustrante o aversiva capaz de aislar socialmente a los individuos afectados o de socavar su autoestima e identidad personal, como las que ya revisamos previamente.

Apoyo social a los suicidas

Casi todas las campañas suicidas ocurridas en las últimas décadas han recibido el apoyo de importantes sectores de alguna comunidad

(27) CHRISTOPH REUTER, op. cit.; Jon Elster, op. cit.

(28) ARIE KRUGLANSKI et al, op. cit

nacional, étnica o religiosa con la que se identificaban los propios suicidas y sus líderes. Y, obviamente, la existencia de semejantes colectivos de simpatizantes ha acarreado algunas ventajas significativas a las organizaciones o grupos que han practicado la violencia suicida. Esos colectivos compensarían con nuevos adeptos las bajas derivadas de los mismos atentados suicidas y les aportarían otra serie de ayudas como donaciones económicas, colaboración en labores de radicalización, reclutamiento y adoctrinamiento, apoyo logístico y acogida u ocultamiento de los futuros mártires, etc. Por fin, una última razón que hace importante el respaldo popular otorgado a las organizaciones y grupos suicidas tiene que ver con su seguridad. A fin de cuentas, cuanto más amplios sean esos apoyos menor será la disposición de la población a delatar su paradero y sus actividades.

Las dos principales condiciones capaces de generar un elevado apoyo social a las misiones suicidas ya han sido apuntadas en este capítulo en varias ocasiones. La primera es la existencia o prevalencia de un conflicto asimétrico, violento y máximamente destructivo. En segundo lugar, el respaldo social suscitado será proporcional a la extensión de una subcultura del martirio que «dignifique» y «legitime» a los suicidas y sus ataques. Asimismo, la historia reciente ha puesto al descubierto otra serie de elementos que contribuyen a elevar el apoyo popular otorgado a las misiones de tipo suicida.

Aplicación de medidas contrainsurgentes expeditivas y cruentas

En un apartado anterior hemos discutido que la violencia suicida constituya una consecuencia invariable de campañas contrainsurgentes y antiterroristas expeditivas y desproporcionadas. Sin embargo, distintos estudios de opinión demuestran que los porcentajes más elevados de apoyo a las «operaciones de martirio» se han dado en aquellos escenarios donde las estrategias contrainsurgentes y antiterroristas aplicadas han generado numerosos daños (humanos, materiales y económicos) entre la población civil. Las experiencias de Palestina y Chechenia son bastante evidentes en este sentido. Igualmente, atendiendo a las encuestas elaboradas con poblaciones musulmanas (tanto en sus países de origen como en las diásporas localizadas fuera del mundo islámico), las actitudes registradas hacia los atentados suicidas yihadistas suelen volverse más favorables durante los meses que suceden a la difusión de informaciones sobre ope-

(29) MIA BLOOM, op. cit. p. 92.

raciones contrainsurgentes que han provocado bajas civiles (29) o sobre episodios reales de sobrereacción y abusos en la lucha contra los yihadistas (Guantánamo, Abu Graib, etc.).

Decepción generalizada respecto a otras formas alternativas de gestión del conflicto

La pérdida de esperanza en la posibilidad de resolver un conflicto por vías pacíficas o menos cruentas puede ayudar a propagar la idea de que no existen alternativas viables y distintas a la práctica de los atentados suicidas. Por citar un solo ejemplo, ese argumento podría explicar hechos tales como el aumento de los apoyos prestados a los terroristas suicidas en Palestina tras fracasar el proceso de paz iniciado con los acuerdos de Oslo (30).

Máxima disparidad entre las identidades de los insurgentes y sus blancos

Los colectivos que simpatizan con ciertos grupos insurgentes y terroristas tienen menos dificultades para respaldar sus ataques suicidas cuando éstos van dirigidos contra personas cuyas identidades difieren de las propias en términos de nacionalidad, etnia o religión, cuando las víctimas son militares o policías (por contraste con víctimas civiles) o cuando la percepción de tales víctimas está mediatizada por algún estereotipo francamente negativo o deshumanizante. Las disputas entre colectivos de distinta religión enfrentan el problema de la absoluta incompatibilidad entre los valores y los estilos de vida de los contendientes, pues los aspectos básicos de cada religión son difícilmente innegociables. Por ello, las diferencias religiosas crean la posibilidad de que los actores más débiles implicados en una confrontación asimétrica lleguen a interpretar a sus oponentes como una auténtica amenaza para la pervivencia de la propia comunidad. A su vez, algunas versiones extremistas de la religión suelen alimentar la creencia en la inferioridad o perversión moral de las personas que profesan otros credos, lo que indudablemente facilita la aprobación de cualquier forma de violencia emprendida contra aquellas personas. Tal vez por eso mismo, casi el 90% de los atentados suicidas producidos desde la década de 1980 hasta principios del presente siglo tuvieron como blanco a individuos con

(30) ASSAF MOGHADAM, «*The Roots of Suicide Terrorism: A Multi-Causal Approach*», en Ami Pedahzur (Ed.) *Root Causes of Suicide Terrorism. The Globalization of Martyrdom*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 81-107.

religiones distintas a las de sus atacantes (31). Asimismo, y por razones parecidas, el reciente incremento de ataques suicidas de musulmanes contra musulmanes ha conllevado un descenso en los niveles de apoyo suscitados por tales acciones en todo el mundo islámico (32).

Marco cultural propicio a la legitimación de los atentados suicidas

El impacto de las identidades colectivas en la valoración de los atentados suicidas no deriva únicamente de la distinción entre quienes representan los papeles de agresor y agredido. Las identidades colectivas están estrechamente vinculadas a tradiciones culturales, y existen acusadas variaciones sobre lo que cada tradición considera como formas de violencia admisible. Los dos factores culturales que más favorecen el apoyo a los ataques suicidas remiten a valores y tradiciones asociadas a los conceptos del honor y el martirio. Sobre este último concepto y su instrumentalización propagandística en favor de los atentados suicidas no hace falta añadir mucho más. Respecto a la idea del honor la Real Academia de la Lengua Española atribuye a ese término dos significados principales: «cualidad moral que lleva al cumplimiento de los propios deberes respecto del prójimo y de uno mismo»; y «gloria o buena reputación que sigue a la virtud, al mérito o a las acciones heroicas, la cual trasciende a las familias, personas y acciones mismas de quien se la granjea». Por tanto, el sentido del honor guarda relación con varias de las motivaciones que han ayudado a conformar la vocación de muchos atacantes suicidas, como el sentido de obligación moral y comunitaria con el que enfrentan ese destino, su deseo de popularidad y estima social y su obsesión por reparar o vengar ciertas humillaciones o daños. Precisamente en relación con ese último motivo, distintos estudios concluyen que las sociedades y grupos humanos más proclives a la violencia son aquellas cuyos códigos culturales enaltecen al mismo tiempo las ideas del honor y la venganza (33). Y, en efecto, esos códigos del honor forman parte de tradiciones culturales profundamente arraigadas en varios de los países y regiones del

(31) ELI BERMAN Y DAVID D. LAITIN, «*Rational Martyrs: Evidence from Data on Suicide Attacks*». (2004), citado en Diego Gambetta, op. cit.

(32) La evolución de los apoyos a atentados suicidas en países musulmanes puede estudiarse a través de los informes elaborados por el Pew Global Attitudes Survey. Disponible en: <http://pewglobal.org/>.

(33) RICHARD E. NISBETT Y DOV COHEN, *Culture of Honor: The Psychology of Violence in the South*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1997; STANLEY KURTZ «*Marriage and the Terror War, Part II: Protecting the honor of the family, protecting the honor of Islam*», National Review (16 de febrero de 2007).

mundo que se han visto más afectadas por la práctica de atentados suicidas, por ejemplo, en Chechenia (34), o más en general, en las naciones influidas por la historia y la cultura árabe (35).

Aquiescencia de autoridades y líderes de opinión

El respaldo a los atentados suicidas por parte de una o varias figuras carismáticas o individuos de amplia admiración y crédito moral o religioso en el seno de la propia comunidad ha constituido un ingrediente legitimador habitual en todas las campañas suicidas conocidas. Algunas de esas figuras han sido al mismo tiempo los propios líderes de organizaciones que practican la violencia suicida, como Vellupillai Prabhakaran, dirigente de los Tigres Tamiiles, Abdullah Ocalan, líder del PKK kurdo o Bin Laden y Al Zawahiri por parte de Al Qaida. En otros casos se tratará de ideólogos, generalmente religiosos, como el jeque Ahmad Yassin, primer líder espiritual de Hamás, el ayatolá Sayid Muhammad Hasayn Fadlala, uno de los pensadores chíies de más influencia en las últimas décadas, o el jeque Yusuf Qardawi, de los Hermanos Musulmanes. La formación teológica de estos ideólogos islamistas les proporciona la influyente capacidad de emitir *fatwas*, es decir, pronunciamientos destinados a esclarecer la legitimidad de diversos cursos de acción conforme a la tradición islámica. Contando únicamente las referidas a la situación palestina, desde 1980 se han emitido más de tres decenas de fatwas destinadas a justificar las «operaciones de martirio» (36). Dichos dictámenes religiosos han ejercido una influencia decisiva en la progresión de la violencia suicida yihadista dentro y fuera de Oriente Próximo.

Penetración social de las organizaciones promotoras de violencia suicida

Muchas de las organizaciones responsables de campañas terroristas suicidas son algo más que organizaciones insurgentes. Buena parte de sus actividades han ido encaminadas a ganar arraigo e influencia en los tejidos sociales de sus correspondientes comunidades de origen. Las densas redes asociativas e institucionales trabadas por entidades como Hezbolá en ciertas zonas del Líbano, por Hamás en Gaza y por

(34) C. J. CHIVERS Y STEVE LEE MYERS, «*Chechen Rebels Mainly Driven by Nationalism*», *The New York Times* (12 de septiembre de 2004).

(35) SCOTT ATRAN, «*The moral logic and growth of suicide terrorism*», *The Washington Quarterly*, 29 (2005) pp. 127-147.

(36) NAWAF HAYEL AL-TAKROURI, *Operaciones de martirio en la jurisprudencia islámica*, Damasco, Dar al-Fikr, 2003 (original en árabe, citado en Mohammed M. Hafez, 2007, op. cit. p. 138).

los Tigres Tamiiles en cierta parte de Sri Lanka, son buenos ejemplos. Estas organizaciones han aprovechado la carencia de infraestructuras sanitarias, educativas y asistenciales para acceder a amplios sectores de población y ganarse su confianza y cooperación. Como es obvio, semejante penetración en el tejido social e institucional multiplica las oportunidades para difundir la subcultura del martirio que justifican los atentados suicidas.

VIOLENCIA SUICIDA Y YIHADISMO SALAFISTA GLOBAL: ALGUNOS ELEMENTOS DE CAMBIO

Los conocimientos e informaciones hasta aquí expuestas reflejan las características de las misiones suicidas desplegadas durante las dos últimas décadas del siglo XX. Exceptuando a los grupos palestinos, que tardarían algunos años más en interrumpir las «operaciones de martirio», el resto de las organizaciones previamente implicadas abandonaron las misiones suicidas o limitaron drásticamente su aplicación antes de iniciarse la presente década. Sin embargo, y como ya apuntáramos al principio, el cambio de siglo traerá aparejado un incremento en la violencia suicida de proporciones geométricas. Además, y como tendremos oportunidad de explicar a continuación, muchos de los atentados suicidas perpetrados en los últimos años contradicen varias de las indicaciones y conclusiones extraídas a partir de otras campañas previas.

Preponderancia del yihadismo salafista e irrupción de Al Qaida

Ateniéndonos a los casos en los que ha podido determinarse la identidad de sus autores, el 65% de los atentados suicidas registrados entre 1981 y 1999 fueron obra de nacionalistas-separatistas no islamistas, el 11,5% correspondió a grupos marxistas y el 24% a formaciones chiíes. En cambio, el 70% de los atentados suicidas ocurridos en lo que llevamos de esta década (entre enero de 2000 y junio de 2008) han sido ejecutados por grupos sunníes de inspiración salafista total o parcialmente identificados con el proyecto para una yihad salafista global abanderado por los líderes de Al Qaida, la primera multinacional yihadista (37).

Aunque otros capítulos de este Cuaderno también lo mencionen, conviene volver a recordar aquí las dos principales aspiraciones que dieron

(37) ASSAF MOGHADAM, 2009, op. cit.

sentido al nacimiento de Al Qaida: una, la defensa de la *umma* (comunidad de los creyentes en el Islam) y de sus valores más auténticos (reflejados en la *sharia* o ley islámica) frente a todos sus enemigos y detractores externos; y dos, la reunificación de esa comunidad bajo un nuevo Califato o entidad política que abarque todos los países musulmanes juntos con los territorios que alguna vez pertenecieron al Islam. A su vez, en la perspectiva original que inspiró a Bin Laden la ofensiva contra los enemigos externos (fundamentalmente Estados Unidos y el resto de los países occidentales junto con Israel) debería tener prioridad sobre la guerra contra los enemigos internos (los gobiernos musulmanes impuros o apóstatas) pues la fortaleza de los segundos dependería en gran medida del apoyo aportado por los primeros. Con el fin de dar cumplimiento a estos objetivos político-religiosos Bin Laden y sus lugartenientes pondrán en marcha tres líneas complementarias de actuación sin cuya consideración sería imposible llegar a explicar la expansión de la violencia suicida constada en los últimos tiempos. Esas líneas pasarán por la implicación directa en algunos atentados, la construcción de una red transnacional que conecte entre sí a un número significativo (y variable) de organizaciones, grupos y células yihadistas a lo largo y ancho del planeta y el despliegue de una intensa actividad proselitista y propagandística destinada a la difusión de su propio proyecto ideológico, junto con las directrices estratégicas, tácticas y operativas que se consideren oportunas en cada momento. La verdad es que resultaría imposible comprender la evolución de la violencia suicida sin tener en cuenta cada los objetivos y líneas de actuación que acabamos de mencionar. Veámoslo.

El sello de Al Qaida

Al Qaida ha sido la primera organización terrorista que recurrirá a los métodos suicidas casi desde su inicio, sin superar una larga fase previa de violencia convencional. Sus dos primeros atentados dirigidos contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania (224 muertes y más de 4.000 heridos), recuperaron el método de los coches bomba conducidos por suicidas. A continuación vendría un ataque igualmente suicida realizado con una barca que se estrelló contra un destructor estadounidense en aguas de Yemen, en octubre de 2000 (17 víctimas mortales); el asesinato del líder afgano Masoud, ejecutado por un suicida disfrazado de periodista, el 9 septiembre de 2001; y los terribles ataques del 11-S (38).

(38) LUIS DE LA CORTE y JAVIER JORDÁN, *La yihad terrorista*, Madrid, Síntesis, 2007.

Los atentados del 11-S convirtieron a Al Qaida en el símbolo máximo de la amenaza yihadista y también de la violencia suicida. Al año siguiente sería responsable de un mínimo de dos atentados suicidas, uno en la isla tunecina de Djerba (21 muertos, la mayoría alemanes) y otro en Mombasa (10 víctimas mortales kenianas y 3 israelíes). En todo caso, la intervención militar que destronó a los talibán a finales de 2001 mermó gravemente las fuerzas de Al Qaida. Con el tiempo, algunos analistas se atreverán incluso a augurarle una pronta extinción. Pero a día de hoy los expertos siguen discrepando sobre el grado de amenaza que representa la organización de Bin Laden (39). No obstante, la colaboración de Al Qaida con las insurgencias talibán afganas y pakistaníes parece contrastada y existen diferentes indicios sobre la participación de algunos miembros suyos en un cierto número de operaciones suicidas perpetradas desde 2003 en las zonas tribales de Pakistán y sobre su posible implicación en varios intentos de atentado suicida en otras partes del mundo, la mayoría fallidos, excepto los de julio de 2005 en Londres.

Los atentados suicidas de Al Qaida han sido originales e innovadores por distintas razones. Por lo pronto, ha sido la primera organización terrorista que recurrirá a los métodos suicidas casi desde su inicio, sin haber superado una larga fase previa de terrorismo convencional: las misiones suicidas de 1998 se produjeron pocos meses después de que Bin Laden emitiera su conocida declaración de guerra contra «judíos y cruzados». Segundo, los escenarios de sus atentados son múltiples y no se circunscriben a ninguna nación o región concreta. Tercero, se estrena una nueva pauta de victimización al centrar los ataques sobre civiles extranjeros occidentales y judíos en países no musulmanes. Cuarto, sus atentados suicidas ascienden a nuevos niveles de letalidad, espectacularidad y resonancia mediática. Quinto, para conseguir los anteriores efectos se recurre a la planificación de varias operaciones suicidas simultáneas o sucesivas ejecutadas por distintos equipos (como ya ocurriera en algunos atentados de los Tigres Tamiés) y se procede a seleccionar escenarios o edificios públicos que estén dotados de alta carga simbólica. Y sexto, Al Qaida ha combinado sus ataques con una intensísima labor propagandística destinada a amplificar su impacto psicológico y mediático.

Las anteriores innovaciones servirían de estímulo para que otras organizaciones y grupos yihadistas más o menos afines al ideario de Al Qaida

(39) LUIS DE LA CORTE, «¿En qué medida sigue siendo Al Qaida una amenaza global?» Athena Assessment 7 (septiembre 2008). Disponible en: <http://www.athenaintelligence.org/a72008.pdf>.

se decidieran a incorporar los métodos suicidas en su repertorio de acciones violentas. En esta década esas acciones han producido 7,5 más víctimas mortales y 2,5 más heridos que los atentados terroristas realizados por grupos no salafistas (40). Esta superior letalidad se debe en parte a la reproducción del modelo de operaciones suicidas simultáneas de alta letalidad dirigidas contra objetivos blandos y población civil occidental o no musulmana. Algunos ejemplos de ello son los ataques perpetrados por la organización yihadista indonesia *Yema'a Islamiya* en una discoteca de Bali (en 2002: 202 muertos, la mayoría australianos, y 300 heridos), una cadena de explosiones producidas por radicales suicidas en un mercado y dos hoteles egipcios de la ciudad turística de Sharm el-Sheij (en 2005: 90 muertos y 150 heridos) y los atentados realizados en el metro y un autobús de Londres (en 2005: 52 muertos y 700 heridos), por obra de cuatro jóvenes suicidas británicos, alguno de los cuales tuvo contacto con miembros de Al Qaida a raíz de un viaje a Pakistán.

Globalización y descentralización de la actividad suicida

Hasta promediar la década de 1990 los atentados suicidas sólo ocurrían en un puñado de países orientales. Y también conviene recordar que casi todas las campañas suicidas desarrolladas durante las dos últimas décadas del siglo XX tuvieron lugar en un medio social afectado por la presencia de tropas extranjeras. Por su parte, los ataques registrados en Afganistán desde 2001 y en Irak desde marzo de 2003 suman, respectivamente, el 13,6% y el 54,8% del total de atentados suicidas realizados en todo el mundo desde 1981 hasta junio de 2008 (41). Por consiguiente, la presencia de tropas extranjeras en países de tradición islámica ha seguido funcionando como condición facilitadora o causa precipitante de la violencia suicida yihadista, aunque ni mucho menos la única.

Además de Afganistán e Irak, desde los últimos años del siglo pasado organizaciones y grupos de corte islamista han realizado misiones suicidas y causado víctimas mortales (la mayoría civiles) en países tan variados como Arabia Saudí, Argelia, Bangladesh, Egipto, España, Estados Unidos, India, Indonesia, Jordania, Kenia, Marruecos, Pakistán, Reino Unido, Rusia, Tanzania, Túnez, Turquía, Yemen y Uzbekistán. Es decir, la violencia suicida yihadista se ha globalizado y lo ha hecho extendiéndose a países islámicos y no islámicos donde no hay fuerzas extranjeras ocu-

(40) ASSAF MOGHADAM, 2009, op. cit.

(41) ASSAF MOGHADAM, 2009, op. cit.

pantes. Y no es menos importante advertir que la mayoría de las organizaciones y grupos islamistas implicadas en atentados suicidas durante la última década han mantenido lazos de colaboración con Al Qaida o, cuando menos, han manifestado su apoyo a Bin Laden y a su proyecto para una yihad salafista global, aún cuando ello no les haya impedido dar prioridad a una agenda política (local o regional) propia.

Más concretamente, la reciente globalización de la violencia suicida ha sido posible gracias a una serie complementaria de cambios, de los que ahora destacaremos sólo dos. El primero consiste en la aparición de organizaciones yihadistas auténticamente internacionales, tanto por lo que concierne a su capacidad para establecer células fuera de sus naciones de origen y atentar en diversos países o regiones del mundo, como en lo que respecta al carácter multinacional de su militancia. Ya hemos mencionado el mejor ejemplo: Al Qaida. No obstante, en los últimos años otras organizaciones yihadistas que han participado en la actual oleada de violencia suicida y que mantienen algún vínculo o afinidad con Al Qaida han sufrido las transformaciones necesarias para convertirse en entramados terroristas internacionales. Así ha ocurrido con Yema'a Islamiya, Al Qaida en el Magreb Islámico (antes conocida como Grupo Salafista para la Predicación y el Combate) o Al Qaida en Irak, en cierto momento también muy activa en Jordania. Respecto al caso de Irak llama la atención que gran parte de los individuos suicidados allí no fueran iraquíes sino voluntarios musulmanes de muy diversas nacionalidades, llegados de muy distintos puntos del mundo, sobre todo desde otros países árabes y europeos.

El otro cambio favorable a la globalización de la violencia suicida será la descentralización organizativa y operativa de las actividades yihadistas (una pauta cuyos detalles pueden ser consultados en el que capítulo de Jordán). El modelo fue inaugurado por los líderes de Al Qaida al permitir a sus propios militantes, a sus organizaciones asociadas y a cualquier otro grupo afín, decidir autónomamente donde, cuándo y cómo perpetrar los atentados con los que pudieran contribuir a la causa común (42). Se trata, desde luego, de un patrón de actuación diametralmente opuesto al imple-

(42) MAR SAGEMAN, *Understanding terrorist networks*, Philadelphia, Pennsylvania University Press, 2004; AMI PEDAHZUR Y ARIE PERLINGER, «*The Changing Nature of Suicide Attacks: A Social Network Perspective*», *Social Forces* vol. 84, 4 (2006) pp. 1987-2008. Este último estudio demuestra que la descentralización de las pautas destinadas a preparar y ejecutar atentados suicidas no sólo ha sido adoptada por los actores vinculados al movimiento yihadista global sino también por distintos pequeños grupos palestinos que actuaron durante la Segunda Intifada con independencia operativa de organizaciones más grandes.

mentado en casi todos los atentados suicidas consumados durante las décadas de 1980 y 1990. Sin embargo, la imposibilidad objetiva de que una única organización pudiera controlar todos y cada uno de los ataques que requiere una ofensiva terrorista de alcance mundial convirtió a la descentralización de dicha ofensiva en la única opción disponible para intentar dar cumplimiento a los objetivos del yihadismo global.

Diversificación de blancos y objetivos

En otro momento hemos advertido que las diferencias de identidad entre agresores y víctimas suelen operar como elementos facilitadores para la comisión de diversas formas de violencia extrema. Y, por el contrario, el hecho de que los agresores compartan una o varias señas de identidad sus víctimas puede limitar la violencia dirigida contra aquellas. Ambas afirmaciones resultan coherentes con las características de las campañas suicidas desplegadas entre 1980 y finales de siglo, definidas por la diferenciación étnica y/o religiosa entre atacantes y víctimas, así como con la prioridad inicialmente otorgada por Al Qaida a la búsqueda de víctimas occidentales e israelíes. Sin embargo, la mayor parte de los atentados suicidas ocurridos en lo que va de siglo han sido perpetrados por musulmanes contra musulmanes con los que, en no pocas ocasiones, también compartirán una misma identidad nacional o étnica. Este dato prueba que las tensiones que se producen al interior del propio mundo musulmán por discrepancias políticas y religiosas han pasado a constituir un factor tan determinante en la reciente evolución de la violencia suicida como anteriormente lo fueron los conflictos interétnicos y/o interreligiosos asociados a situaciones de ocupación o a pretensiones secesionistas.

De otra parte, la diversificación de blancos y escenarios seleccionados a la hora de realizar atentados suicidas indica también ciertas variaciones e innovaciones respecto a los usos estratégicos y tácticos dados a aquellos ataques. Si tomamos en consideración la actividad desplegada por diversos grupos yihadistas desde finales de la década de 1990 y atendiendo a los efectos buscados en cada caso, podremos reconocer al menos tres tipos de ataques suicidas. El primero, ya lo hemos indicado, remiten al objetivo de expulsar tropas extranjeras, aunque no como un fin en sí mismo, sino como un paso intermedio destinado a facilitar la posterior islamización del país «liberado».

El segundo tipo de ataques suicidas serán los perpetrados contra población civil occidental y judía. Aquí el efecto buscado es reducir la

influencia de Estados Unidos y del resto de naciones occidentales sobre los gobiernos musulmanes y, también por esta vía, favorecer la retirada de las tropas occidentales destacadas en países islámicos. Así, uno de los primeros reclamos empleados por Bin Laden para justificar sus primeros atentados haría referencia a su deseo de provocar la retirada de las unidades militares estadounidenses establecidas en Arabia Saudí desde la primera guerra del Golfo. Igualmente, las reivindicaciones sobre los atentados cometidos en Madrid (2004) y Londres (2005) los presentarían como represalias contra las intervenciones occidentales de Afganistán e Irak y venían acompañados de reclamaciones sobre la retirada de las tropas occidentales desplazadas a esos dos países. Por otro lado, algunos analistas han planteado la posibilidad de que los atentados del 11-S y otros planes similares afortunadamente abortados pudieran haber sido preparados con un propósito distinto pero relacionado con el anterior: provocar una sobrerreacción por parte de Estados Unidos que ayudara a polarizar a gran parte del mundo musulmán en contra de los países occidentales y crear así un auténtico propio de un choque de civilizaciones. La tesis tiene cierto sentido pero, a decir verdad, es imposible verificar que los líderes de Al Qaida anticiparan que el 11-S provocaría la intervención en Afganistán.

Por último, hemos de referirnos a los ataques suicidas yihadistas dirigidos contra individuos o comunidades que profesan el Islam. En tales casos las diferencias entre agresores y víctimas pueden venir determinadas por el estatus político o profesional de los agredidos (como corresponde a los ataques contra miembros de algún gobierno musulmán o contra sus fuerzas militares y policiales) o por su adscripción a diferentes concepciones de la religión islámica (como ocurre con los atentados dirigidos contra comunidades chiíes). Dichos ataques tienen como propósito desgastar o desestabilizar los gobiernos establecidos en los países o regiones donde se producen (gobiernos que los yihadistas definen como excesivamente pro-occidentales) hasta lograr su sustitución por nuevos regímenes islámicos (43). A su vez, los atentados suicidas pueden contribuir a ese fin por varias vías distintas aunque no incompatibles: el asesinato de ciertos líderes, como el de la ex primer ministro de Pakistán Benazir Bhutto, ocurrido en diciembre de 2007 tras varios intentos previos similares; la intimidación de la población civil; y la promoción de conflictos violentos entre grupos de distinta adscripción religiosa, como ocu-

(43) AMI PEDAHZUR Y ARI PERLIGER, «Introduction: Characteristics of Suicide Attacks» en AMI PEDAHZUR (Ed.) *Root Causes of Suicide Terrorism. The Globalization of Martyrdom*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 1-12.

riera en Irak, donde las unidades militares occidentales han constituido un blanco menos frecuente para los atacantes suicidas que la población iraquí de adscripción chií (44).

Revalorización del «martirio» y nuevas estrategias comunicativas en favor de las misiones suicidas

La violencia yihadista envuelve un simbolismo distintivo. Esto nos devuelve, por última vez, al asunto de las subculturas del martirio. Los esfuerzos realizados por los líderes e ideólogos yihadistas para construir una auténtica mitología del martirio no tienen parangón con ningún otro ejemplo conocido. Y los datos arrojados por distintos sondeos sobre las opiniones públicas de distintos países y comunidades musulmanas prueban que aquellos esfuerzos no han sido inútiles. Así, entre junio de 1995 y febrero de 2006 el 52% de la población palestina reconocía apoyar los atentados suicidas dirigidos contra objetivos israelíes (45). También en 2006 una investigación transnacional encontraba los siguientes porcentajes de aprobación respecto a ataques suicidas dirigidos contra civiles «enemigos del Islam»: 10% (Indonesia), 14% (Pakistán), 15% (musulmanes del Reino Unido), 17% (Turquía), 29% (Egipto) o 29% (Jordania) (46).

Los contenidos básicos de la mitología yihadista del martirio fueron ya formulados por ideólogos extremistas principalmente libaneses, iraníes y palestinos durante las dos últimas décadas del siglo pasado. Los pensadores radicales sunníes que respaldaron los atentados suicidas practicados por los islamistas de Palestina desde 1993 se dejaron inspirar por los clérigos chiíes iraníes y libaneses que habían apoyado a Hezbolá en la década anterior. Todos ellos evitarán el uso de la palabra «suicida» para referirse a aquellos ataques al tiempo que señalaban a los voluntarios suicidas como mártires (*shahid*). Todos aprovecharán las mismas referencias y recursos simbólicos aportados por su religión y por la historia y la cultura arabo-musulmán para otorgar sentido y valor religioso a la muerte de los suicidas y para exhortar a su emulación. Sus discursos ensalzadores de las «operaciones de martirio» enlazarán esos actos con los diversos matices semánticos que la tradición islámica ha ido agregando a la propia palabra «martirio» (*shahadat*), es decir:

(44) Mohammed M. Hafez, op. cit.

(45) Jerusalem Media and Communication Centre: <http://www.jmcc.org/index.php>.

(46) Pew Research Centre: <http://people-press.org/>.

– Demostración de fe, conforme a la primera acepción que aquella palabra recibe en el Corán, donde se promete el paraíso para cualquier muerte sobrevenida por expresión de la propia fe (Aleya 76).

– Muerte sagrada en la lucha contra el enemigo infiel.

– Acto de *yihad* (en su acepción agresiva), según una interpretación añadida y acuñada tras la conquista musulmana de Palestina en el siglo VII (47).

De modo complementario, unos u otros defensores del «martirio» reincluirán en la enumeración de los beneficios y recompensas que diversas tradiciones proféticas han asociado a la práctica del martirio: remisión de los propios pecados en el mismo momento en que el mártir derrama su primera gota de sangre; protección contra el dolor de la muerte; acceso inmediato al paraíso, a sus gloriosos jardines y a la compañía de profetas, santos, buenos creyentes y familiares; casamiento con setenta y dos huríes y derecho de interceder ante Alá a favor de setenta parientes (48).

Los líderes e ideólogos de la nueva corriente del salafismo yihadista global, con Al Qaida a la cabeza, actualizarán la misma mitología y retórica del suicida-mártir. Sus discursos de apoyo a las operaciones de martirio incorporarán una nueva narrativa diseñada basada en la acumulación de imágenes, historias y argumentos de fuerte impacto emotivo y diseñada con los siguientes objetivos (49):

Identificar profundas humillaciones padecidas por los musulmanes a escala local y planetaria. Para ello se hará uso de imágenes que revelen el sufrimiento y las atrocidades padecidas por hombres, mujeres y niños a manos de los enemigos del Islam y en el marco de conflictos como los de Palestina, Bosnia, Chechenia o Irak. A menudo esas piezas serán combinadas con testimonios de voluntarios suicidas que atestigüen su indignación ante tales padecimientos.

– *Denunciar la impotencia de los musulmanes atacados y humillados y la confabulación global contra ellos.* Con ese fin se difundirán imágenes que muestren el poder de las tropas enemigas y las expresiones más arrogantes de sus líderes, así como de los gobernantes árabes que los apoyan. A modo de contraste, esas informaciones se entremezclan con otras referentes a los mártires y demás combatientes yihadistas, presentados como ejemplo de humildad y valentía.

(47) FARAD JOSROJAVAR, op. cit.

(48) IAN STRENSKI, op. cit.

(49) MOHAMMED M. HAFEZ, op. cit.

– *Convencer de la inevitabilidad del sacrificio de los mártires, así como de la victoria final.* Para promover esas ideas se recurrirá profusamente a la emisión de vídeos de operaciones realizadas por suicidas y biografías de mártires famosos. Estos vídeos son el instrumento fundamental para elaborar una mitología del martirio atravesada por varias ideas tópicas: la sincera y extrema devoción de los mártires al Islam, evidenciada en su disposición a sacrificar su vida, sus riquezas e incluso su familia; su alegría y deseo ferviente de participar en una misión suicida, expresada en confesiones emocionadas que evocan las promesas de recompensas ultraterrenas y en el relato de sueños que anticipan la implicación exitosa en tales misiones; y el retrato de los ataques suicidas como una modalidad operativa letal e infalible, para lo que se aportan imágenes y análisis que revelen los perjuicios que dichas operaciones causan al enemigo.

Estas narrativas serán complementadas con diversas justificaciones instrumentales, religiosas y políticas de los atentados suicidas. Muchas de esas justificaciones pretenden demonizar a las víctimas de los atentados y neutralizar los obstáculos morales que normalmente dificultan el asesinato de civiles y musulmanes. En cambio, otros argumentos estarán directamente destinados a glorificar los actos de martirio recurriendo a los mismos atributos empleados anteriormente: actos de venganza, superior expresión de solidaridad con los musulmanes humillados y oprimidos en cualquier parte del mundo, expresión de obligación para con Alá que será seguida del reconocimiento social y del premio del paraíso, etc.

Los esfuerzos realizados por Al Qaida para extender la citada mitología del martirio tomarán dos vías fundamentales: su inculcación en miles de jóvenes extremistas de diversas nacionalidades que pasaron por sus campos de entrenamiento hasta finales de 2001 (y que rápidamente se dispersarían para convertirse en suicidas y profetas del martirio en otras latitudes) y una intensa actividad propagandística de sofisticación creciente que todavía perdura (50). Los formatos de comunicación serán variados aunque predominarán los de tipo audiovisual. Los canales más empleados han sido las estaciones de televisión por satélite e internet.

El énfasis de Al Qaida en la propaganda favorable al «martirio» será posteriormente imitado por otras organizaciones que igualmente han acabado sumándose al empleo de misiones suicidas. Dos casos notorios al respecto han sido los de Al Qaida en el Magreb y la insurgencia talibán.

(50) MANUEL TORRES, *La dimensión propagandística del terrorismo yihadista global*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2007.

Peculiaridades relativas al compromiso suicida y la preparación de las misiones

La actitud hacia la muerte y los conocimientos disponibles sobre la ideología yihadista antes de que los futuros voluntarios se afilien en algún grupo u organización insurgente varían de individuo a individuo. Como se apunta en otro capítulo de este Cuaderno, esas diferencias dependen de la variabilidad constatada en el ritmo de los procesos de radicalización. No obstante, en los últimos años se han multiplicado los casos de individuos que se sintieron cautivados por la idea de convertirse en «mártires» antes de haber estrechado relaciones con ningún grupo radical y que seguidamente emprendieron las acciones necesarias para tomar contacto con reclutadores capaces de ayudarles a hacer realidad sus deseos (lo que a veces exigirá trasladarse de una ciudad a otra, de un país a otro o incluso cambiar de continente). Por otra parte, las personas que aún no han manifestado libremente el deseo de suicidarse a pesar de encontrarse plenamente integradas en un círculo u organización yihadista no siempre reciben demandas explícitas o conminatorias para dar ese paso. Antes bien, lo más habitual es que los reclutadores y animadores a la radicalización se limiten a ilustrar a sus seguidores y subordinados las virtudes del martirio, a la espera de que ellos mismos descubran su vocación. Como mucho, y llegado a cierto punto avanzado en el proceso de adoctrinamiento, se ofrecerá la oportunidad de cultivar esa vocación a quien la haya encontrado (51).

Otros elementos de variación han tenido lugar respecto a la preparación de los voluntarios y las operaciones suicidas. En otro momento ya mencionamos que el tiempo dedicado al adiestramiento de un suicida puede ser muy reducido. Esta posibilidad ha sido particularmente aprovechada en los últimos años. Por otro lado, la habitual división de tareas y roles relacionados con la dirección operativa, la recolección de inteligencia, el apoyo logístico y la ejecución de los atentados suicidas ha dejado de constituir una norma inflexible. Al contrario, los voluntarios suicidas vinculados a grupos yihadistas más pequeños, menos jerarquizados y con menos recursos (como alguno de los analizados en el capítulo de Jordán) han combinado su preparación para la muerte con la participación en alguna de las otras labores que resultan imprescindibles para la ejecución de una misión suicida. Esta nueva pauta no es independiente de las direc-

(51) ROHAN GUNARATNA, «*Suicide Terrorism in Indonesia*», *Inteligencia y seguridad: Revista de análisis y prospectiva*, 1 (diciembre 2006), pp. 45-78.

trices distribuidas por Al Qaida y otras organizaciones yihadistas para que sus seguidores hagan todo lo posible por actuar con máxima autonomía.

Nueva comunidad de simpatizantes y diversos niveles de arraigo local

Conforme a la experiencia ofrecida por las campañas libradas durante el siglo XX, las operaciones suicidas representan una opción táctica mucho más probable para organizaciones que han logrado un elevado número de apoyos sociales, generalmente gracias a su profunda implantación en alguna comunidad local altamente polarizada. Influidos por esta evidencia, algunos estudiosos llegaron a concluir que la ausencia de una amplia base de simpatizantes locales dispuestos a respaldar los atentados suicidas haría improbable dicha forma de violencia. Sin embargo, un número nada desdeñable de misiones suicidas yihadistas cometidas en los últimos años han sido realizadas en contextos sociales cotidianamente pacíficos y promovidas por organizaciones o grupos con escaso arraigo local. Para explicar esta variación hay que prestar atención a dos asuntos.

La primera cuestión trata sobre la naturaleza del colectivo de simpatizantes del movimiento yihadista global. Los atentados suicidas perpetrados por las diversas organizaciones y grupos vinculados al movimiento yihadista global han sido saludados con admiración por una masa de partidarios. Sucede, empero, que esos simpatizantes conforman un colectivo muy distinto a los que han dado su apoyo a otras campañas suicidas: un colectivo parcialmente *virtual*, pues la interacción entre muchos de sus miembros se produce a través de internet y otras tecnologías de la comunicación; y un colectivo *deslocalizado*, pues sus integrantes no se concentran en único país o región sino que se hayan dispersos por todo el mundo. La existencia de un colectivo semejante demuestra que la ausencia de un arraigo local profundo no elimina toda posibilidad de apoyo social.

La segunda cuestión que ahora queremos tratar ya ha sido abordada en otro lugar de este capítulo, aunque con una profundidad insuficiente. Debemos aclarar cuáles son los modos concretos en que el arraigo social y los consiguientes apoyos locales obtenidos por una o varias formaciones insurgentes tienden a condicionar la probabilidad de que dichas formaciones acaben recurriendo a los atentados suicidas. En principio, las organizaciones o grupos insurgentes que no cuenten con el respaldo de ciertos sectores locales suelen tener una existencia corta o resultar francamente ineficaces, pues esa carencia compromete la seguridad de sus

miembros y su capacidad para reabastecerse de los recursos humanos, económicos y materiales que se necesitan para dar continuidad a una campaña insurgente o terrorista. Tal vez por eso no hay muchas organizaciones extremistas con un radio de acción básicamente nacional que hayan realizado misiones suicidas contraviniendo reparos morales o religiosos de sus simpatizantes locales hacia dicha clase de atentados.

Cabe inferir, por tanto, que los arraigos locales pueden funcionar como un factor inhibitor de la violencia suicida. Sin embargo, es imprescindible entender que la causa primera de este efecto inhibitor radica en la dependencia material, política y simbólica que une a las formaciones insurgentes con simpatizantes y colaboradores que se concentran en un solo país. ¿Pero qué ocurre cuando esa dependencia se reduce hasta niveles mínimos? Pues, previsiblemente, que las opiniones locales contrarias a la violencia suicida pueden dejar de funcionar como un obstáculo infranqueable. Una primera evidencia sobre ello deriva de las misiones suicidas realizadas al inicio del siglo XX por sujetos tan ayunos de respaldo social como algunos anarquistas rusos (52). Ahora bien, estos actores carecían de las ventajas que proporcionan la cobertura y los apoyos internacionales posteriormente forjados en torno al movimiento yihadista. Al ofrecer nuevas oportunidades relacionadas con el acceso a recursos y el traslado de militantes a otros países, el desarrollo de una comunidad de simpatizantes prácticamente ubicua ha aumentado las capacidades de las nuevas formaciones yihadistas para cometer atentados en países donde no cuenten con una infraestructura extensa o permanente de colaboradores ni con un amplio apoyo social. Tal autonomía puede hacerles menos sensibles al posible rechazo manifestado por unas u otras opiniones públicas ante la violencia suicida. Además, esta deducción es coherente con la correlación constatada entre el incremento del número de atentados suicidas de gran letalidad y la proliferación de grupos terroristas con escaso arraigo social integrados en la urdimbre del yihadismo global.

Pese a todo, sería absurdo concluir que la escasez o ausencia de apoyos locales sólo proporciona ventajas para la práctica de atentados suicidas. Hasta hace poco tiempo la mayoría de los ataques suicidas ocurridos en el mundo solían ser realizados por unas pocas organizaciones y formaban parte de campañas desarrolladas durante periodos temporales

(52) STAHIS KALYVAS E IGNACIO SÁNCHEZ CUENCA «*Killing Without Dying: The Absence of Suicide Missions*», en Diego Gambetta (ed.), *Making Sense of Suicide Missions*, Oxford, Oxford University Press (2006), pp. 209-232.

breves y de intensa actividad (implicando, por tanto, una alta frecuencia de ataques suicidas). Con algunas variaciones mínimas esta pauta también ha caracterizado a la violencia suicida más recientemente perpetrada en Irak y Afganistán. Sin embargo, los atentados suicidas ocurridos desde principios de este siglo fuera de esos dos escenarios no han sido realizados por unas pocas organizaciones sino por una pluralidad de grupos. Incluso algunos de esos grupos han cometido un solo ataque suicida o unos pocos (53). Y los que han perpetrado varios atentados lo han hecho con una continuidad muy inferior a la de las campañas suicidas desplegadas antes de acabar el siglo XX. En cuanto al escenario iraquí, no puede ser casualidad que la frecuencia y el número de ataques suicidas allí perpetrados hayan ido decreciendo al mismo ritmo al que sus promotores (incluyendo a Al Qaida en Irak) perdieran apoyo entre la población sunní de Irak.

En conclusión, parece que un arraigo y apoyo local insuficiente también plantea serios inconvenientes respecto a la práctica de misiones suicidas. En concreto, imponiendo ritmos diferentes y más lentos a la preparación y ejecución de cada ataque y reduciendo las capacidades para llevar a cabo una actividad suicida sostenida y concentrada en un mismo país o región.

OTRAS INNOVACIONES

La eficacia en la aplicación de estrategias armadas asimétricas y tácticas terroristas depende en cierta medida de la capacidad para introducir formulas operativas novedosas destinadas a sorprender al enemigo, incrementar el impacto destructivo y psicológico de las propias acciones y darles máxima publicidad (54). Por eso no es de extrañar que la violencia suicida haya ido adquiriendo nuevas formas de expresión.

Mujeres suicidas y otros perfiles

El 9 de abril de 1985 una joven libanesa de diecisiete años acabó con su vida y la de dos soldados judíos al hacer detonar un vehículo cargado de explosivos frente a un convoy militar cerca de la frontera del Líbano con Israel. Sería el primer caso registrado en el siglo XX de un atentado

(53) AMI PEDAHZUR Y ARI PERLIGER, op. cit.

(54) MIGUEL ÁNGEL BALLESTEROS, «¿Qué es el conflicto asimétrico?» en Diego Navarro y Miguel Ángel Esteban (eds.), *Terrorismo global. Gestión de la información y servicios de inteligencia*, Madrid, Plaza y Valdés, 2007, pp. 65-86.

suicida perpetrado por una mujer. En la década siguiente voluntarias femeninas protagonizaron casi un tercio de las operaciones suicidas promovidas por los Tigres Tamiles. En menor medida el ejemplo también será emulado en Turquía, por el PKK desde 1995 y en Chechenia desde el año 2000. Por consiguiente, el fenómeno de las atacantes suicidas femeninas fue conocido antes del cambio de siglo, aunque constituirá una innovación operativa reciente en relación a la violencia yihadista.

Tradicionalmente las mujeres vinculadas a organizaciones islamistas radicales tenían asignadas tareas no violentas. La retórica yihadista las describía como mujeres «guerreras» pero les reservaba funciones como el apoyo económico a la causa, el respaldo afectivo a sus maridos combatientes o la educación de sus hijos para la yihad y el rezo (55). Por ese motivo el 85% de los atentados suicidas femeninos perpetrados entre 1981 y 2003 fueron responsabilidad de organizaciones no religiosas (56). El primer caso conocido de mujer atacante suicida vinculada a una causa yihadista no tuvo lugar hasta enero de 2002, cuando una joven palestina se hizo estallar en la puerta de una tienda de zapatos en Jerusalén y provocó la muerte de un anciano israelí además de herir a más de 100 compatriotas suyos. En ese mismo año otras dos mujeres suicidas preparadas por la Brigada de Mártires de Al Aqsa mataron a varias personas. Finalmente, en 2003 la Yihad Islámica Palestina comenzó a incorporar mujeres en sus ataques suicidas, a pesar de que la sociedad palestina aún albergaba serias dudas sobre la corrección moral de esa pauta. Para superar esas reticencias, Ramadan Abadía Shallah, líder del grupo palestino recién mencionado, se apresuraría a declarar que, según la *sharia*, el uso de mujeres en «operaciones de martirio» podía no ser preferible al empleo de hombres pero tampoco era inapropiado si ello permitiera paliar la escasez de voluntarios masculinos o resolver los problemas técnicos asociados a ciertas operaciones particularmente complejas. Con posterioridad, diversos ideólogos extremistas expertos en leyes islámicas prepararán varias *fatwas* destinadas a legitimar el martirio de mujeres musulmanas. Y mientras esas *fatwas* se iban difundiendo las misiones suicidas femeninas comenzaron a ser practicadas por otros grupos yihadistas operativos en el sudeste asiático, Afganistán y Pakistán, el Golfo Pérsico (concretamente Irak y también algún caso en Jordania). En consecuencia, la participación de mujeres en

(55) PEDRO BAÑOS, «*Mujer suicida, manipulación extrema*», Documento de Trabajo del Real Instituto Elcano, 19/11/2008. Disponible en: <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal>.

(56) ROBERT A. PAPE. *Morir para ganar. Las estrategias del terrorismo suicida*, Barcelona, Paidós, 2006.

atentados suicidas yihadistas ha aumentado considerablemente en los últimos años. Además, no es inoportuno advertir que algunas agencias de seguridad occidentales ya han alertado sobre la posibilidad de que mujeres europeas casadas con musulmanes radicalizados acaben participando en atentados suicidas. De momento, existe ya el precedente de la ciudadana belga Muriel Degaque. Tras contraer matrimonio con un conocido extremista marroquí Muriel se convirtió al Islam. Después de pasar una temporada en Marruecos Muriel pereció en Bagdad, en noviembre de 2005, tras detonar el cinturón explosivo que llevaba ceñido a su cintura, causando su muerte y la de un soldado estadounidense (57).

El empleo de mujeres para misiones suicidas parece cumplir ciertos objetivos y funciones tácticas específicos. Uno de los más importantes ha sido señalado hace un momento al referirnos a las justificaciones aportadas por un líder de la Yihad Islámica Palestina. Frecuentemente, la decisión de incitar a mujeres a cometer atentados suicidas ha estado influida por un descenso en el número de voluntarios masculinos disponibles. Por ejemplo, el aumento de ataques suicidas femeninos observado en Irak durante los últimos años ha sido correlativo a los éxitos obtenidos por las tropas estadounidenses y el ejército oficial iraquí en sus acciones contra la insurgencia (58). Por tanto, las mujeres han venido a compensar las bajas producidas entre la militancia masculina. Varios análisis sugieren que algunas organizaciones insurgentes que combinan los atentados suicidas con otras misiones violentas de mayor complejidad pueden optar por reservar a sus militantes masculinos para dichas acciones y emplear a sus combatientes femeninas para realizar ataques suicidas clásicos, aprovechando la menor exigencia de preparación militar que requieren ese último tipo de operaciones.

El uso de voluntarias suicidas bajo diversas circunstancias puede incrementar las oportunidades de finalizar con éxito las misiones y hay varias razones que lo explican. El perfil masculino de la mayoría de los atacantes y los estereotipos que asocian el género femenino con actitudes y comportamientos más pacíficos hace que las mujeres levanten menos sospechas ante las autoridades encargadas de prevenir los atentados suicidas. En parte como consecuencia de ello, y debido también a

(57) Medea Group, «*Female Suicide Bombers. Practical Implications*», Strategic Security and Analysis: Islamic Terrorist Field Training & Tactics, vol. 2, 2 (agosto 2007). Disponible en: <http://www.medeagr.com/>.

(58) ALISSA J. RUBIN «*Despair Drives Suicide Attacks by Iraqi Women*», The New York Times (Julio, 2008).

ciertas normas culturales, las mujeres son sometidas a controles, inspecciones y cacheos menos exhaustivos que los que se imponen a hombres. También por las razones anteriores, a las mujeres se les permite desplazarse con mayor libertad que a los hombres. Todo ello aumenta las facilidades para acceder a ciertos lugares y escenarios, incluyendo algunos donde la presencia de hombres resulta infrecuente o se considera impropia por su relación con roles profesionales típicamente femeninos (por ejemplo, empleadas del hogar y de servicios de limpieza, enfermeras, traductoras, intérpretes, camareras (59). A estas ventajas deben añadirse las que se derivan del frecuente uso de vestimentas de gran holgura y la posibilidad de simular embarazos, lo que permite ocultar una cantidad de explosivos bastante superior a la que puede esconder cualquier hombre y, en el caso de las embarazadas fingidas, evitar los detectores de metales por sistemas de rayos X.

En tercer lugar, los ataques suicidas femeninos suelen resultar más sorprendidos que los efectuados por hombres. Esto los convierte en un recurso especialmente útil para cumplir las funciones psicológicas típicas de cualquier campaña terrorista: desconcertar y atemorizar a la población civil y captar la atención de los medios de comunicación. Al mismo tiempo, se ha podido constatar que la recepción de noticias sobre las misiones suicidas femeninas genera frecuentes reacciones de vergüenza entre muchos de los hombres que, simpatizando con las mismas causas políticas y religiosas de aquellas mujeres, aún no se han atrevido a participar en una acción suicida. Es difícil determinar si la provocación de tales sentimientos de vergüenza constituye un objetivo inicialmente perseguido por los grupos que han promovido atentados suicidas femeninos. Pero parece claro que dichos sentimientos pueden acabar motivando nuevas vocaciones suicidas entre individuos indecisos (60).

Respecto a las motivaciones personales que parecen haber ejercido un especial influjo sobre las mujeres suicidas, en combinación con las inevitables razones ideológicas, se incluyen también la venganza y el deseo de restablecer el honor perdido. Los atentados suicidas femeninos influidos por la búsqueda de venganza derivan de la muerte a manos del enemigo de algún familiar próximo, frecuentemente un esposo y otras veces un hermano, un hijo o un padre. En ocasiones, el marido puede haber muerto en una acción insurgente o terrorista. En ciertas sociedades

(59) PEDRO BAÑOS, *op. cit.*

(60) Medea Group, *op. cit.*

y culturas las mujeres que quedan viudas se ven abocadas al ostracismo y a una vida agravada por numerosas dificultades financieras y de otra índole. Algunos analistas sugieren que esas dificultades pueden coadyuvar a la decisión de vengar la muerte del esposo a través del «martirio». El motivo de la venganza parece haber sido determinante en el caso de numerosas atacantes suicidas en Chechenia, incluyendo a las legendarias «Viudas Negras», famosa unidad de voluntarias suicidas exclusivamente constituida por esposas, hijas o hermanas de rebeldes chechenos fallecidos en combate.

Hemos anunciado que un número indeterminado de mujeres han visto en los atentados suicidas una forma de reparar su sentido del honor. Esa motivación remitirá normalmente a alguna falta moral previamente cometida o a la adquisición de algún estigma. Dos hechos absolutamente reprobables en la mayoría de las sociedades de influencia islámica, como la esterilidad o el adulterio, han estado en el origen de algunas vocaciones suicidas femeninas. A esas «marcas» cabría añadir otras experiencias que también se perciben como afrentas al honor en muchas sociedades musulmanas: la imposibilidad de encontrar marido por razón de algún defecto físico innato o adquirido; un embarazo derivado de relaciones previas al matrimonio, extramatrimoniales o de una violación; y el rechazo del hombre amado o la repudiación del propio marido. Asimismo, en la decisión de no pocas suicidas tamilyes ha influido el hecho de haber sido violadas, experiencia ésta que en la cultura tamil se castiga con la prohibición de contraer matrimonio o tener descendencia.

Con el fin de reclutar a mujeres para cometer atentados suicidas, algunas organizaciones insurgentes o terroristas y sus ideólogos han explotado el interés de aquéllas por demostrar su capacidad de compromiso y sacrificio equivalente al de los hombres y también les han prometido ayudas económicas para mejorar las condiciones de vida de la propia familia.

No queremos cerrar este epígrafe sin mencionar siquiera otros perfiles que han caracterizado a los ejecutores de algunos atentados suicidas producidos en los últimos años. En particular, deben destacarse los incidentes protagonizados por niños y adolescentes. La utilización de niños soldados en Pakistán y en Afganistán ha sido destacada como especialmente preocupante por su relación con las enseñanzas difundidas en muchas escuelas coránicas extremistas de aquellos dos países. En febrero de 2008 el Pentágono difundía un vídeo incautado a la misma filial iraquí de Al Qaida que aportaba pruebas de los entrenamientos a los que la organización sometía a una veintena de niños, y en ese mismo año autoridades

argelinas informaban de prácticas semejantes. Según ciertas informaciones, a veces son los propios padres los que venden a sus hijos como soldados a cambio de unos pocos cientos de dólares. Al menos en Afganistán parece que algunos de esos niños suicidas han sido raptados o apartados de sus familias por la fuerza (61). La mayoría de esos niños y adolescentes son adiestrados para cometer secuestros, asesinatos y diversos tipos de atentados (así, los talibán han llegado a utilizar a un niño de doce años para que decapitara a un ciudadano paquistaní sospechoso de espionaje). No obstante, Una porción de esos chicos, incluidas niñas, han cometido atentados suicidas en Irak, Afganistán y Argelia. También Hamas y Yihad Islámica (y fuera del marco yihadista los Tigres Tamiiles) han sido acusados de inducir a decenas de niños y adolescentes a convertirse en «mártires». Finalmente, varios de esos niños y algunas mujeres suicidas han sido escogidas por su incapacidad psíquica. Así, en abril de 2007 la ONU denunció que Al Qaida en Irak estaba empleando a decenas de niños con discapacidad mental (por ejemplo, niños o mujeres afectados de Síndrome de Down) para participar en misiones suicidas (62).

Combinación de atentados suicidas con otros métodos operativos

La multiplicidad de escenarios en los que vienen actuando las organizaciones y grupos yihadistas y la propia evolución de sus estrategias y las de sus adversarios ha estimulado la búsqueda de fórmulas innovadoras de afrontamiento y hostigamiento. Entre ellas se incluyen varias fórmulas basadas en la combinación de métodos operativos más o menos convencionales con la intervención complementaria de atacantes suicidas o, en su defecto, con la preparación de los participantes para una posible culminación de las operaciones mediante su propia inmolación. No hay espacio para realizar una revisión exhaustiva de estas fórmulas aunque sí para destacar algunas. Para ofrecer una idea lo más clara posible de cada una de esas modalidades las ilustramos mediante referencia a algún incidente real.

Ataques a distancia y atentados suicida

En abril de 2008, 11 policías y 7 civiles afganos morían mientras 37 personas resultaban heridas a consecuencia de un ataque efectuado

(61) United Nations Assistance Mission in Afghanistan, Suicide Attacks in Afghanistan (2001-2007). Disponible en: <http://www.unama-afg.org/docs>.

(62) United Nations, op. cit.

por elementos insurgentes en Khogyani, un pueblo cercano a la ciudad de Jalalabad, en el este de Afganistán. Varios policías y responsables de la administración local conversaban con un puñado de habitantes locales cuando, de repente, un grupo de individuos apareció en escena y abrió fuego contra los reunidos empleando armas ligeras y lanzacohe-tes. A continuación, otro individuo que se había introducido en el centro de la reunión hizo estallar una bomba que llevaba adherida a su cuerpo, dando fin a su vida y a la de varias personas que se encontraban próxi-mas. Parece evidente que los disparos cumplieron en este caso un efecto de distracción que hizo más inesperado y sorprendente el aten-tado suicida.

Pero la combinación entre el uso de armas ligeras y artefactos explo-sivos puede cumplir otras funciones. Los disparos pueden buscar acertar un objetivo y la posterior inmolación garantizar la corrección de un posi-ble fallo en dichos disparos y/o evitar el apresamiento de los atacantes inmolados. Tal vez fuera esto lo que pretendía el individuo que el 27 de diciembre de 2007 disparó a la ex primera ministra pakistaní Benazir Bhutto y luego procedió a detonar una bomba matándose a sí mismo y a otras 38 personas.

En otro tipo de escenarios los disparos con armas ligeras y lanzacohe-tes también pueden emplearse para eliminar los obstáculos físicos o humanos que se interpongan entre uno o varios atacantes suicidas y sus blancos.

Inmolación con cinturones explosivos para evitar una captura

En la madrugada del 10 de abril de 2007 la policía marroquí emprende una redada en Casablanca contra tres individuos sospecho-sos de pertenecer a una red yihadista. Su casa es rodeada. Uno de ellos sale a la calle al saberse rodeado. Porta un sable y lleva adosado un cinturón explosivo, amenaza con su uso a la policía y los agentes abren fuego contra él haciendo estallar su carga explosiva. El segundo sospechoso se asoma a la azotea nada más oír la explosión, salta a la terraza de un edificio contiguo y detona su propia bomba. Seguida-mente, la policía decide sellar el barrio donde se halla localizada la casa de los sospechosos. Por último, a primera hora de la tarde el tercer indi-viduo perseguido por los agentes, que se hallaba escondido a unos 150 metros de la casa donde se ocultaron sus compañeros, se siente acorralado y decide inmolarse matando a un inspector de policía e hiriendo

otras 20 personas. Las pistas que habían llevado a la policía hasta estos terroristas les conectaban con Abdelfetá Raydi, otro extremista que se había suicidado en un cibercafé de Casablanca en el mes anterior hiriendo a un presunto cómplice y a otros tres clientes del local. Al llegar al cibercafé visiblemente nerviosos Raydi y su compañero despertaron las sospechas del encargado y éste decidió llamar a la policía y retenerlos hasta su llegada. Entonces Raydi se inmoló activando la carga explosiva que ocultaba bajo su ropa.

Al igual que ocurriera con los siete autores del 11-M inmolados en un piso de Leganés, los anteriores atentados suicidas no fueron consecuencia de un plan previsto sino un modo de evitar una captura policial, acción recomendada alguna vez por el mismo lugarteniente de Bin Laden, Ayman al Zawahiri.

Toma de rehenes por terroristas suicidas

El 23 de octubre de 2002 un grupo compuesto por 49 insurgentes chechenos fuertemente armados irrumpe en el conocido teatro Dubrovka de Moscú donde permanecerán encerrados durante tres días junto con 800 rehenes. Su propósito declarado era forzar la salida de las tropas rusas de Chechenia. Tras dos días y medio de asedio, y después de que los terroristas asesinaran a dos rehenes, las fuerzas de seguridad introdujeron en el edificio un agente químico supuestamente destinado a adormecer a los secuestradores y procedieron a asaltarlo. La operación de rescate provocó la muerte de los secuestradores, así como la de 117 rehenes, fallecidos por los efectos del gas.

Dos años después, el 1 de septiembre de 2004, un puñado de insurgentes chechenos e ingusetios hicieron 1.200 rehenes al tomar un colegio de Beslán, en Osetia del Norte. Un tiroteo mantenido entre secuestradores y fuerzas de seguridad rusas dio lugar al desenlace del secuestro el 3 de septiembre con más de 339 muertos (la mitad de ellos niños), junto con varios cientos de heridos.

Ninguna de las dos operaciones de toma de rehenes anteriores culminó en atentados suicidas. Sin embargo, podrían haberlo hecho porque en ambas ocasiones llegó a comprobarse que algunos de los secuestradores portaron cinturones explosivos adheridos a sus cuerpos. En los dos casos la posibilidad de los atentados suicidas pudo servir al mismo tiempo como un elemento de intimidación y como un plan alternativo para dar término a una operación que no saliera según lo previsto.

Misiones sin retorno

En torno a las diez de la mañana del 26 de noviembre de 2008 un mínimo de diez hombres equipados con rifles de asalto y granadas comienzan una serie de ataques simultáneos en la ciudad de Bombay. Se producen tiroteos y explosiones de bomba en distintos barrios y calles. Los agresores penetraron en dos hoteles de lujo y un centro judío desde los que sostuvieron largos enfrentamientos con las fuerzas de seguridad indias y donde tomaron múltiples rehenes. También dispararon contra un famoso café turístico, un restaurante, un hospital y una estación de trenes. En todos esos lugares mataron a muchas de las personas que encontraron a su paso. El caos se apodera de la ciudad y las fuerzas de seguridad india asedian los edificios donde se refugian los terroristas. Estos retuvieron a cientos de rehenes durante casi tres días y asesinaron a 188 personas. Al final, sólo uno de los terroristas fue capturado con vida, mientras los demás murieron durante la refriega. Hasta donde sabemos, ningún análisis de estos sucesos ha recurrido al término «suicida» para describirlos. ¿Tiene entonces algún sentido hacerlo aquí? La respuesta no es inevitablemente negativa.

Aunque algunos analistas se han mostrado partidarios de una definición más amplia, el uso lingüístico más extendido reserva la expresión «atentado suicida» para designar aquellos ataques en los que los perpetradores se infligen a sí mismos la muerte para matar a otras personas. Desde este punto de vista, parece claro que los ataques de Bombay no constituyeron auténticos atentados suicidas y que sus autores materiales no contemplaron en ningún momento la posibilidad de provocarse su propia muerte. Sin embargo, y dada la magnitud, temeridad y complejidad de la operación realizada, parece sensato inferir que tales autores no albergaran muchas esperanzas de salir con vida o incluso que dieran por supuesto que acabarían abatidos a tiros por las fuerzas de seguridad indias. Puesto que aún falta mucha información sobre las intenciones de los terroristas implicados y sobre el plan de acción que pretendían desplegar en Bombay, la anterior especulación sólo puede plantearse como hipótesis. Pero si la hipótesis resultara cierta, es decir, si los autores de la masacre de Bombay hubieran afrontado la misión con el convencimiento de una muerte segura o altamente probable, estaríamos ante el caso de una operación sin retorno, perfectamente asimilable a la definición de «misión suicida» que ofrecimos al principio de este trabajo: ataque diseñado de modo

que requiera la muerte de sus perpetradores y en el que ellos mismos hayan asumido ese requisito (63).

Un caso de asalto terrorista que presenta algunas coincidencias con el anterior pero en el que ya no caben dudas sobre su componente suicida tendría lugar en la capital de Afganistán, el 11 de febrero de 2009. En aquel día varios grupos de militantes talibán asaltaron tres edificios gubernamentales en Kabul (dos ministerios y una prisión) armados con rifles de asalto. Aunque los atacantes de los dos ministerios acabaron siendo abatidos a tiros, tras asesinar a varias personas uno de los asaltantes de la prisión logró dar muerte a un guardia e internarse en el complejo penitenciario donde detonó un cinturón explosivo y murió junto con otros siete policías. El hecho de que todos los atacantes portaran un cinturón explosivo certifica su disposición a morir en la operación. Asimismo, los elementos de coincidencia con los atentados de Bombay sirven de muestra sobre la inquietante letalidad y espectacularidad que conllevan este tipo de misiones sin retorno que combinan el uso de diverso armamento ligero por parte de una militancia resueltamente dispuesta a morir matando.

PARA CONCLUIR: DEMANDAS DE INTELIGENCIA PARA PREVENIR Y CONTRARRESTAR LA VIOLENCIA SUICIDA

A lo largo de estas páginas hemos procurado mostrar que las misiones suicidas no pueden ser comprendidas sin atender a una pluralidad de factores causales ordenados en diversos planos interrelacionados. La información aportada en este capítulo puede cumplir una función orientadora en la elaboración de inteligencia necesaria para contrarrestar y prevenir los múltiples costes asociados a la práctica de misiones suicidas.

Antes de nada, hay que advertir que las directrices que deben guiar la elaboración de inteligencia relativa a las organizaciones que promueven misiones suicidas coinciden esencialmente con las que se aplican a formaciones insurgentes y terroristas que no recurren a esa modalidad operativa. En ambos casos, las demandas de inteligencia apuntan a tres dimensiones fundamentales que se corresponden con los tres niveles

(63) Para profundizar en la discusión sobre definiciones amplias y restringidas de los ataques suicidas puede verse ASSAF MOGHADAM, «*Defining Suicide Terrorism*» en Ami Pedahzur (Ed.) *Root Causes of Suicide Terrorism. The Globalization of Martyrdom*, Nueva York, Routledge, 2007, pp. 13-24. Para más argumentos que justifican nuestra preferencia por la expresión más abarcadora de «misiones suicidas» frente a la más limitada de atentados suicidas puede acudir a Diego Gambetta, op. cit.

desde los que habitualmente cabe analizar cualquier amenaza insurgente y que también han sido exploradas en este capítulo: el nivel de las organizaciones o grupos que protagonizan dicha amenaza, el de los individuos que integran aquellas organizaciones o grupos y el del entorno social y político que sirve de escenario a sus actuaciones. La ausencia de conocimientos suficientes y suficientemente actualizados sobre cualquiera de esas tres dimensiones implica un serio déficit de inteligencia capaz de perjudicar gravemente las labores de prevención y reacción respecto a cualquier amenaza insurgente.

Partiendo de los conocimientos previamente expuestos sería posible enumerar una serie de indicadores que deberían ser sometidos a un escrutinio constante o periódico a fin de contribuir al desarrollo de una respuesta integral y eficaz a cualquier amenaza real o potencial de violencia suicida. Por respuesta integral entendemos aquella que combina tres tipos de medidas: preventivas, defensivas y ofensivas. Para concluir, ofrecemos una lista no exhaustiva de demandas de inteligencia específicamente vinculadas con cada una de esas medidas.

Demandas relacionadas con la previsión/prevención de violencia suicida

Prevenir la producción de misiones suicidas a corto, medio y largo plazo requiere básicamente dos líneas combinadas de actuación. De una parte, poco podrá lograrse desde un punto de vista preventivo si no se logra reducir la influencia de las subculturas del martirio que legitiman las misiones suicidas. Por otro lado, prevenir equivale a prever posibles nuevas tendencias de violencia suicida y es precisamente esa necesidad la que demanda un esfuerzo intenso y sostenido en la producción de inteligencia fiable respecto a cuestiones tan diversas como estas:

- Generación de disputas políticas y/o religiosas intensas entre ciertos sectores de una comunidad nacional o entre países.
- Evolución de esas disputas hacia conflictos políticos o político-religiosos violentos y asimétricos a escala local, regional o global.
- Polarización o enquistamiento de conflictos asimétricos y de las actividades insurgentes o terroristas que de ellos se derivan.
- Características de las organizaciones o grupos insurgentes implicados (ideología, objetivos estratégicos, tamaño, localización y extensión de su militancia estructura e infraestructuras, capacidades de financiación, redes y escenarios de reclutamiento, arraigo social, etc.).
- Antecedentes históricos de violencia suicida.

- Existencia de campañas de violencia suicida activas en otras latitudes.
- Contactos de organizaciones o grupos insurgentes con formaciones análogas de otros países o regiones con experiencia de violencia suicida.
- Fragmentación o ampliación de la actividad insurgente por formación de nuevas organizaciones o grupos.
- Niveles de consentimiento popular a ciertas formas de violencia suicida.
- Intensidad de la actividad contrainsurgente o antiterrorista desplegada y nivel. de afectación de las población civiles por dicha actividad.
- Extensión o contagio de subculturas del martirio.

Demandas relacionadas con medidas defensivas y ofensivas

Las medidas defensivas van destinadas a evitar la consumación de misiones suicidas previamente planificadas. Las medidas ofensivas, en cambio, cumplen el propósito de anular o reducir el potencial de violencia suicida de una o más organizaciones o grupos incidiendo sobre su capacidad de acción, sobre sus recursos (humanos, materiales y técnicos) y sobre las fuentes empleadas para abastecerse de tales recursos (64). Naturalmente, gran parte de la información recabada a partir de las anteriores demandas de inteligencia preventiva también resulta aprovechable para el desarrollo de medidas defensivas y ofensivas. Pero, además, la aplicación efectiva de esas dos medidas exige otros conocimientos complementarios.

Respecto a las medidas defensivas conviene recolectar inteligencia acerca de:

- Operaciones suicidas (o de otra índole) en curso o previstas y pendientes de activación.
- Sistemas de comunicación habitualmente empleados y contenidos de las mismas comunicaciones.
- Escenarios vulnerables o ideales para la ejecución de ataques suicidas.
- Eficacia de los sistemas de seguridad y vigilancia disponibles en esos escenarios.
- Blancos preferentes, deducibles de ideología de las organizaciones o grupos suicidas, de su señalización en documentos incautados, discursos y comunicaciones públicas o secretas.

(64) Sobre las medidas defensivas y ofensivas puede verse: E. H. KAPLAN, A. MINTZ Y S. MISHAL «*Tactical Prevention of Suicide Bombing in Israel*». Interfaces vol. 36, 6, (2006) pp. 553-561; DCSINT Suicide bombing in the COE. Washington: US Army Training and Doctrine Command-Deputy Chief of Staff for Intelligence, 2005; LUIS DE LA CORTE «*Terrorismo, insurgencia y bombas humanas*»,

- Tipos y niveles de información públicamente accesibles relacionados con los anteriores escenarios vulnerables o ideales y blancos preferentes.
- Actividades de inteligencia desarrolladas por las organizaciones o grupos insurgentes con el fin de preparar posibles ataques.
- Medios y materiales técnicos disponibles por las organizaciones y grupos actual o potencialmente implicados en la preparación de ataques suicidas.
- Oportunidades de acceso a material explosivo (a veces dependiente de contactos con grupos o redes dedicados a la delincuencia común y el tráfico de mercancías ilegales).
- Perfil típico de los perpetradores potenciales o habituales de atentados suicidas, junto con cualquier otra información relativa a signos externos que ayuden a su identificación (rasgos físicos, vestimenta, hábitos de conducta, etc.).

Por su parte, la implementación de medidas ofensivas contra las organizaciones y grupos proclives a la violencia suicida requiere la adquisición y renovación de informaciones y previsiones fiables sobre los siguientes elementos (no repetiremos los ya mencionados por su relación con otras demandas de inteligencia:

- Pautas habituales de actuación y funcionamiento de las organizaciones y grupos recién aludidos.
- Ubicación precisa, habitual o probable de sus líderes, sus cuadros operativos y colaboradores más estrechos.
- Áreas y escenarios frecuentados por las personas vinculadas a las organizaciones o grupos que constituyen amenaza.
- Tipos de infraestructuras disponibles para entrenar y ocultar a los futuros suicidas y localización precisa o probable de las mismas.
- Fuentes y sistemas empleados para financiar la comisión de atentados suicidas.
- Redes y escenarios de reclutamiento de futuros atacantes suicidas.
- Vínculos establecidos con uno o varios sectores de población.

Concluyendo

La diligencia y la inteligencia todo lo vencen

Baltasar Gracián

El siglo XXI se abrió con una demostración pavorosa de las posibilidades destructivas y el profundo impacto psicológico y social que entrañan las misiones suicidas. Es difícil imaginar una amenaza asimétrica más

temible que la que pueda encarnar un enemigo dispuesto a compensar sus debilidades entregando su propia vida, o lanzando a sus seguidores a una muerte segura, con el fin de dañarnos y amedrentarnos. A juzgar por la pervivencia del denominado movimiento yihadista global, tampoco es fácil que esa amenaza desaparezca prontamente del horizonte. Cada día que pasa miles de personas en todo el mundo (o quizá bastantes más) son tentadas o se sienten atraídas por la idea de convertirse en bombas humanas mientras otras muchas ayudan a que esas conversiones se produzcan y acaben traducándose en actos de destrucción, conmoción y muerte. Para colmo, hemos visto que las organizaciones, procedimientos y escenarios relacionados con la violencia suicida experimentan cambios periódicos, creando riesgos tan graves como difíciles de predecir y contener. Por consiguiente, los Estados y sociedades como España que se encuentran en el punto de mira de organizaciones terroristas e insurgentes que se hallan dispuestas a realizar agresiones suicidas enfrentan un reto enorme. Un reto que debe acometerse con valor, determinación e inteligencia. Sobre todo, mucha inteligencia.